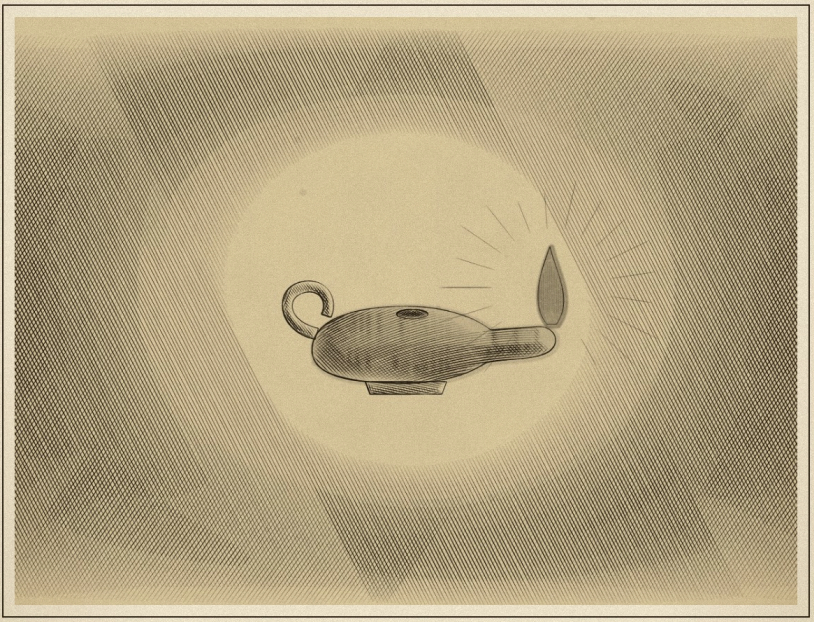
LA VENGANZA DE DON MENDO

Pedro Muñoz Seca



La lámpara encendida

MMXXVI

La venganza de Don Mendo

Pedro Muñoz Seca

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: texto de Muñoz Seca (estrenada en 1918), según la segunda edición de Madrid de 1920.

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Jornada primera

Jornada segunda

Jornada tercera

Jornada cuarta

Jornada primera

Sala de armas del castillo de don Nuño Manso de Jarama, Conde del Olmo. En el lateral derecha, primer término, una puerta. En segundo término y en ochava, una enorme chimenea. En el foro, puertas y ventanales que comunican con una terraza. En el lateral izquierdo, primer término, el arranque de una galería abovedada.

En último término, otra puerta. Tapices, muebles riquísimos, armaduras, etc., etc. Es de noche. Hermosos candelabros dan luz a la estancia. En la chimenea, viva lumbre. La acción, en las cercanías de León, allá en el siglo doce, durante el reinado de Alfonso VII.

Al levantarse el telón están en escena el CONDE DON NUÑO, MAGDALENA, su hija, DOÑA RAMÍREZ, su dueña, DOÑA NINÓN, BERTOLDINO, un joven juglar, LORENZANA, ALDANA, OLIVA, varios escuderos y todas las mujeres que componen la servidumbre del castillo, dos FRAILES y dos PAJES.

El CONDE, en un gran sillón, cerca de la lumbre, presidiendo el cotarro, y los demás formando artístico grupo y escuchando a BERTOLDINO, que en el centro de la escena está recitando una trova.

Don Nuño: (A Bertoldino muy campanudamente.) Ese canto, juglar, es un encanto. Hame gustado desde su principio, y es prodigioso que entre tanto canto no exista ningún ripio.

Magdalena: Verdad.

Don Nuño: (A Bertoldino.) Seguid.

Bertoldino: (Inclinándose respetuoso.) Mandad.

Don Nuño: (Enérgico a varios que cuchichean.) ¡Callad!

Bertoldino: Oíd. (Se hace un gran silencio y recita enfáticamente.) Los cuatro hermanos Quiñones a la lucha se aprestaron, y al correr de sus bridones, como cuatro exhalaciones, hasta el castillo llegaron. ¡Ah del castillo!—dijeron—. ¡Bajad presto ese rastrillo! Callaron y nada oyeron, sordos sin duda se hicieron los infantes del castillo. ¡Tended el puente!...

¡Tendello! Pues de no hacello, ¡pardiez!, antes del primer destello domaremos la altivez de esa torre, habéis de vello... Entonces los infanzones contestaron: ¡Pobres locos!... Para asaltar torreones, cuatro Quiñones son pocos. ¡Hacen falta más Quiñones! Cesad en vuestra aventura, porque aventura es aquesta que dura, porque perdura el bodoque en mi ballesta...

Y a una señal, dispararon los certeros ballesteros, y de tal guisa atinaron, que por el suelo rodaron corceles y caballeros. (Murmullos de aprobación.) Y según los cronicones aquí termina la historia de doña Aldonza Briones, cuñada de los Quiñones y prima de los Hontoria. (Nuevos murmullos.)

Don Nuño: Esas estrofas magnánimas son dignas del estro vuestro. (Suena una campana.)

Bertoldino: Gracias, gran señor.

Don Nuño: (Levantándose solemne.) ¡Las ánimas! (Todos se ponen de pie.) Padre nuestro... (Se arrodilla y reza.)

Todos: (Imitándole.) Padre nuestro... (Pausa. La campana, dentro, continúa un breve instante sonando lastimosamente.)

Don Nuño: Y ahora, deudos, retiraos, que es tarde, y no es ocasión de veladas ni saraos. Recibid mi bendición. (Los bendice.) Magdalena y vos, quedaos. (Magdalena y Doña Ramírez se inclinan y se colocan tras él, en tanto desfila ante el Conde toda la servidumbre.) Adiós, mi fiel Lorenzana y Guillena de Aragón...

Buenas noches, Pedro Aldana. Descansad... Hasta mañana, Luis de Oliva... Adiós, Ninón...

(Quedan en escena el Conde, Magdalena y Doña Ramírez. Bueno, el Conde, que ya es anciano, es un tío capaz de quitar, no digo el hipo, sino la hipoclorhidria; Magdalena es una muchacha como de veinte años, de trenzas rubias, y Doña Ramírez una mujer como de cincuenta, algo bigotuda y tal.)

Don Nuño: Ahora que estamos solos, oídme atentas. Necesito que hablemos un instante de algo para los dos muy importante. (Magdalena toma asiento y el Conde la imita, diciéndola sin reproche:) Me sentaré, puesto que tú te sientas.

Magdalena: Dime, padre y señor.

Don Nuño: Digo, hija mía, y al decirlo Dios sabe que lo siento, que he concertado al fin tu casamiento, cosa que no es ninguna tontería. (Magdalena se estremece, casi pierde el sentido.) ¿Te inmutas?

Magdalena: (Reponiéndose y procurando sonreír.) ¡No, por Dios!

Don Nuño: (Trágicamente escamado.) Pues parecióme.

Magdalena: No extrañes que el rubor mi rostro queme; de improviso cogióme la noticia feliz... e impresionéme.

Don Nuño: Has cumplido, si yo mal no recuerdo, veinte abriles.

Magdalena: Exacto.

Don Nuño: No eres lerda. Pues toda la familia está de acuerdo en que eres mi trasunto, y si soy cuerdo, siendo tú mi trasunto, serás cuerda. Eres bella... ¿Qué dije? Eres divina, como lo fue tu madre doña Evina.

Magdalena: Gracias, padre y señor.

Don Nuño: Modestia aparte. Sabes latín, un poco de cocina, e igual puedes dorar una lubina que discutir de ciencias y aun de arte. Tu

dote es colosal, cual mi fortuna, y es tan alta tu cuna, es nuestra estirpe de tan alta rama, que esto grabé en mi torre de Porcuna:

«La cuna de los Manso de Jarama, a fuerza de ser alta cual ninguna, más que cuna dijérase que es cama.»

Magdalena: (Atajándole nerviosamente.) ¿Y con quién mi boda, padre, has concertado?

Don Nuño: Con un caballero gentil y educado que es Duque y privado del Rey mi señor.

Magdalena: ¿El Duque de Toro?...

Don Nuño: Lo has adivinado, El Duque de Toro, don Pero Collado, que ha querido hacernos con su amor, honor.

Magdalena: ¿Y te habló don Pero?...

Don Nuño: Y don Pero hablóme y afable y rendido tu mano pidióme, y yo que era suya al fin contestelle; y él agradecido besóme, abrazóme, y al ver el agrado con que yo mirelle en la mano diestra cuatro besos dióme; y luego me dijo con voz embargada:

Dígale, don Nuño, que presto mi espada rendiré ante ella, que presto iré a vella, que presto la boda será celebrada para que termine presto mi querella... (Levantándose.) Conque, Magdalena, tu suerte está echada, mi palabra dada y mi honor en ella; serás muy en breve duquesa y privada; no puedes quejarte de tu buena estrella.

Magdalena: Gracias, padre, gracias.

Don Nuño: Noto tu alegría.

Magdalena: Haré lo que ordenas.

Don Nuño: De tu amor lo espero.

Magdalena: Puesto que lo quieres, seré de don Pero.

Don Nuño: Serás de don Pero. (La besa.) Adiós, hija mía. (Se va por la puerta de la derecha.)

(Aterrada, dejándose caer sin fuerzas en una silla, digo sin fuerzas, porque si se deja caer con fuerza puede hacerse daño.)

Magdalena: ¡Ya escuchaste lo que dijo!...

Doña Ramírez: Claro está que lo escuché, y sólo a fuerza de fuerzas me he podido contener, que tal temblor dio a mi cuerpo, tal hormiguillo a mis pies, que no sé cómo don Nuño no lo advirtió, no lo sé. ¡Casarte tú con el Duque siendo amante del Marqués!...

¡Ser esposa de don Pero la que de don Mendo es!... ¡Si el Marqués lo sabe!...

Magdalena: ¡Calla!

Doña Ramírez: ¡Si el Duque se entera!...

Magdalena: ¡Bien!

Doña Ramírez: ¡Si al Conde le dicen!...

Magdalena: ¡Cielos!

Doña Ramírez: ¡Y si tú lo ocultas!...

Magdalena: (Nerviosa, cargada.) ¡Eh! ¡Basta ya, doña Ramírez! ¿No ves que sufro? ¡Rediez!

Doña Ramírez: Muda seré si lo ordenas.

Si lo mandas, callaré; pero ante Dios sólo puedes casarte con el Marqués, porque al Marqués entregaste tu voluntad y tu fe; porque te pasas las noches en tierno idilio con él; porque esa escala maldita le arrojaste una vez sólo por darle una mano y él se ha tomado los pies. (A un gesto de Magdalena.) No te ofendas, Magdalena, mas yo sé, porque lo sé, que la mujer que recibe en su castillo a un doncel, con él se casa, o no tiene todo lo que hay que tener.

Magdalena: Me insultas, doña Ramírez. No sé cómo en mi altivez me contengo.

Doña Ramírez: Reflexiona que lo digo por tu bien.

Magdalena: ¡Pero si ya no le amo; si ya no tengo en él fe; si es de mi padre enemigo! ¡Si no sé por qué le amé!

Doña Ramírez: El te idolatra.

Magdalena: ¿Qué importa? ¿Qué puedo esperar de él, si carece de fortuna y no es amigo del Rey? No, doña Ramírez, nunca: no me conviene el Marqués. Quiero triunfar en la corte, quiero brillar, quiero ser algo que mucho ambiciono. ¡Quiero serlo y lo seré!

Doña Ramírez: ¿Pero y don Mendo, señora?

Magdalena: Yo sabré librarme de él.

Doña Ramírez: ¿Y si don Pero se entera de aqueste engaño?

Magdalena: ¿Por quién?

Doña Ramírez: ¿Y si don Nuño?...

Magdalena: Mi padre dio su palabra antiayer al de Toro, y yo por fuerza le tengo que obedecer. (Suena dentro un laúd que toca el conocido cuplé de El Relicario.)

Doña Ramírez: Entonces...

Magdalena: ¡Calla! (Escucha.)

Doña Ramírez: ¡Dios mío! ¡Esa música!...

Magdalena: ¡El Marqués! Arroja presto la escala. Déjame a solas con él. (Se sienta pensativa. Doña Ramírez abre una de las puertas del foro, se asoma a la terraza y arroja una escala.) Quisiera amarle y no puedo. Fue mi amor una mentira, porque no es amor, es miedo lo que don Mendo me inspira.

Doña Ramírez: (Haciendo mutis por la galería de la izquierda.) Pues lo mandan, es razón que sea muda, ciega y sorda, pero me da el corazón que aquí se va a armar la gorda.

(Vase. Por la puerta del foro que deja abierta Doña Ramírez, entra en escena Don Mendo, apuesto caballero como de treinta años, bien vestido y mejor armado.)

Magdalena: (Yendo hacia él y cayendo en sus brazos.) ¡Don Mendo!

Don Mendo: (Declamando tristemente.) ¡Magdalena! Hoy no vengo a tu lado cual otras noches, loco, apasionado... porque hoy traigo una pena que a mi pecho destroza, Magdalena.

Magdalena: ¿Tú triste? ¿Tú apenado? ¿Tú sufriendo? ¿Pero qué estoy oyendo? Relátame tus cuitas, ¡oh, don Mendo! (Ofreciéndole una dura banqueta, bastante incómoda.) Acomódate aquí.

Don Mendo: Preferiría aquel, de cuero, blando catrecillo, pues del arzón, sin duda, vida mía, tengo no sé si un grano o un barrillo.

Magdalena: ¡Y has venido sufriendo!

Don Mendo: ¡Mucho!... ¡Mucho!

Magdalena: ¿Cómo no quieres, di, que te idolatre? Apóyate en mi brazo, ocupa el catre y cuéntame tu mal, que ya te escucho. (Ocupa Don Mendo un catrecillo de cuero y Magdalena se arrodilla a su lado. Pausa.) Ha un rato que te espero, Mendo amado, ¿por qué restas callado?

Don Mendo: No resto, no; es que lucho, pero ya mi mutismo ha terminado; vine a desembuchar y desembucho. Voy a contarte, amor mío, una historia infortunada: la historia de una velada en el castillo sombrío del Marqués de la Moncada. Ayer... ¡triste día el de ayer!...

Antes del anochecer y en mi alazán caballero iba yo con mi escudero por el parque de Alcover, cuando cerca de la cerca que pone fin

a la alberca de los predios de Albornoz, me llamó en alto una voz, una voz que insistió terca.

Hice en seco una parada, volví el rostro, y la voz era del Marqués de la Moncada, que con otro camarada estaba al pie de una higuera.

Magdalena: ¿Quién era el otro?

Don Mendo: El Barón de Vedia, un aragonés antipático y zumbón que está en casa del Marqués de huésped o de gorrón. Hablamos... ¿Y vos que hacéis?... Aburrirme... Y el de Vedia dijo: No os aburriréis; os propongo, si queréis, jugar a las siete y media.

Magdalena: ¿Y por qué marcó esa hora tan rara? Pudo ser luego...

Don Mendo: Es que tu inocencia ignora que a más de una hora, señora, las siete y media es un juego.

Magdalena: ¿Un juego?

Don Mendo: Y un juego vil que no hay que jugarle a ciegas, pues juegas cien veces, mil, y de las mil, ves febril que o te pasas o no llegas. Y el no llegar da dolor, pues indica que mal tasas y eres del otro deudor. Mas ¡ay de ti si te pasas!

¡Si te pasas es peor!

Magdalena: ¿Y tú... don Mendo?

Don Mendo: ¡Serena escúchame, Magdalena, porque no fui yo... no fui! Fue el maldito cariñena que se apoderó de mí. Entre un vaso y otro vaso el Barón las cartas dio; yo vi un cinco, y dije «paso», el Marqués creyó otro el caso, pidió carta... y se pasó.

El Barón dijo «plantado»; el corazón me dio un brinco; descubrió el naipe tapado y era un seis, el mío era un cinco; el Barón había ganado. Otra y otra vez jugué, pero nada conseguí, quince veces me pasé, y una vez que me planté volví mi naipe... y perdí.

Ya mi peculio en un brete al fin me da Vedia un siete; le pido naipe al de Vedia, y Vedia pone una media sobre el mugriento tapete. Mas otro siete él tenía y también naipe pidió... y negra suerte la mía, que siete y media cantó y me ganó en la porfía...

Mil dineros se llevó, ¡por vida de Satanás! Y más tarde... ¡qué sé yo! de boquilla se jugó, y me ganó diez mil más. ¿Te haces cargo, di, amor mío? ¿Te haces cargo de mis males? ¿Ves ya por qué no sonrío?

¿Comprendes por qué este río brota de mis lagrimales? (Se seca una lágrima de cada ojo.) Yo mal no quedo, ¡no quedo! ¡Quien diga que yo un borrón eché a mi grey que alce el dedo!...

Y como pagar no puedo los dineros al Barón, para acabar de sufrir he decidido... partir a otras tierras, a otro abrigo.

Magdalena: (Ocultando su alegría.) ¿Qué me dices?... ¿Vas a huir?

Don Mendo: Voy a huir, pero contigo.

Magdalena: ¿Perdiste el juicio?

Don Mendo: No tal. Resuelto está, vive Dios. Y si te parece mal, aquí mesmo, este puñal (Saca un puñal enorme.) nos dará muerte a los dos. Primero lo hundiré en ti, y te daré muerte, sí, ¡lo juro por Belcebú!, y luego tú misma, tú, hundes el acero en mí.

Magdalena: (Ocultando su miedo.) Es que tú puedes pagar con algo... que alguien te preste... y luego para medrar puedes partir con la hueste que organiza el de Melgar. Y yo aquí te aguardaría y al Conde prepararía, y al volver de tu cruzada nuestra unión sancionaría.

Don Mendo: ¡Calla!

Magdalena: ¡Sí!... ¿Qué piensas?

Don Mendo: ¡Nada!

Magdalena: ¡Salvado, don Mendo, estás! Pagas las deudas, te vas, luchas, vences, y al regreso loca de amor me hallarás aquí.

Don Mendo: ¡Nunca!... ¡Nunca!...

Magdalena: ¿Y eso?

Don Mendo: Porque... ¿cómo a pagar voy?

Magdalena: ¿Cómo? (Se dirige a un mueble y saca un estuche de orfebrería.) Si ya tuya soy y lo mío tuyo es... (Le da el estuche.) este collar que te doy has de aceptarlo, Marqués.

Don Mendo: ¡Dios santo!

Magdalena: Ve mi intención, de rodillas te lo ruego, véndelo, paga al Barón, tu honor salva, y parte luego a unirte al rey de Aragón.

Don Mendo: (Dudando.) Es que...

Magdalena: Todo está arreglado.

Don Mendo: Pero mi honor...

Magdalena: No comprendo...

Don Mendo: Temo que algún deslenguado lo sepa, y diga: don Mendo es un vil y un desahogado, que sin pizca de aprensión aprovechó una ocasión que él creyó propicia y obvia y pagó a cierto Barón con alhajas de su nobvia.

Y me anulo y me atribulo y mi horror no disimulo, pues aunque el nombre te asombre quien obra así tiene un nombre, y ese nombre es el de... chulo.

Magdalena: ¡Basta, don Mendo!

Don Mendo: ¡No!... ¡No!...

Magdalena: (Trágica.) ¡O aceptas ese collar que mi mano te donó, o tú no me has de matar, pues he de matarme yo! (Ruido de espadas que chocan dentro.)

Don Mendo: ¡Calla!

Magdalena: ¿Qué es eso?... ¡Dios santo!...

Don Mendo: Al pie de este torreón alguien riñe con tesón...

Doña Ramírez: (Entrando en escena asustadísima.) ¡Ay, Magdalena! ¡Qué espanto!...

Don Mendo: ¿Qué ocurre?

Doña Ramírez: (A Magdalena.) ¡Salva tu honor! Un rufián o un caballero a vuestro fiel escudero ha puesto en fuga.

Magdalena: ¡Qué horror!

Doña Ramírez: ¡Y diciendo no sé qué, por la escala está subiendo!

Magdalena: ¡Tú tienes mi honor, don Mendo!

Don Mendo: Pues ten en mi espada fe. Y de ese honor al conjuro, juro que morir prefiero a delatarte; lo juro por mi fe de caballero. (Se van por la izquierda Doña Ramírez y Magdalena. Pausa. Don Mendo desenvaina su espada y se emboza.) ¡Por vida!...

Si hay que luchar y lucha habrá, si hay quien luche puede estorbarme el estuche... el estuche del collar. (Arroja el estuche al suelo y se cuelga el collar del brazo.) (Por el fondo, y también embozado, entra Don Pero, por una de las ventanas, y se detiene al ver a Don Mendo.) ¿Quién se acerca inoportuno?

Don Pero: ¡Uno!

Don Mendo: ¿Sabe qué suerte le cabe?

Don Pero: ¡Qué sabe! (Saca la espada.)

Don Mendo: ¿Y qué le impulsó a subir?

Don Pero: ¡Reñir!

Don Mendo: ¿Dijo reñir o morir?

Don Pero: Reñir y matar si cabe, que entró por ese arquitrabe uno que sabe reñir.

Don Mendo: Morirás, ¡rayos y truenos!

Don Pero: ¡Menos!

Don Mendo: Que mi espada vidas roba.

Don Pero: ¡Coba!

Don Mendo: ¿Eres juglar o escudero?

Don Pero: ¡Caballero!

Don Mendo: Entonces con más esmero.

Don Pero: Pues vamos presto a reñir, que no os tenga que decir menos coba, caballero.

Don Mendo: Decid cuál es vuestro nombre.

Don Pero: ¿Mi nombre queréis? ¡Pardiez! Pues... un hombre.

Don Mendo: ¿Sólo un hombre?

Don Pero: Uno que vale por diez.

Don Mendo: ¡Vive el cielo!... ¡Venga el duelo!...

Don Pero: ¡Vive Dios!... ¡Aunque sean dos!...

Don Mendo: Habéis de medir el suelo.

Don Pero: Habéis de medirlo vos.

Don Mendo: ¡Por mi dama! ¡Vive el cielo!...

Don Pero: ¡Por mi dama! ¡Vive Dios!... (Cruzan las espadas y se acometen fieramente. Dentro gritan pidiendo socorro Magdalena y Doña Ramírez.)

Don Mendo: (Haciendo alto y mirando hacia ambos laterales temerosamente.) (Voces, ayes, luces, ruido... Si me ven, está perdida y yo con ella perdido... Hay que buscar la salida...) ¡Paso franco!

Don Pero: (Gritando.) ¡Ah de la casa!

Don Mendo: ¡Paso!

Don Pero: Lo impide mi acero.

Don Mendo: ¡Paso digo, caballero!

Don Pero: Yo digo que no se pasa.

Don Mendo: ¡Por favor!...

Don Pero: ¡No hay compasión! No salís, lo he decidido.

Don Mendo: (Desesperado.) (¡Y vienen!... ¡Sí! ¡Estoy perdido!) ¡Paso!

Don Pero: ¡Nunca!

Don Mendo: ¡Maldición!

(Se emboza y queda con la espada desnuda en el centro de la escena. En el foro, también embozado y espadi-desnudo queda Don Pero. Por las distintas puertas y galerías entran todos los personajes que había en escena al comenzar el acto. Vienen muchos de ellos con armas y otros con hachones encendidos.

Magdalena se presenta con el pelo suelto, como si se acabara de levantar, y sostenida por Doña Ramírez.

Lorenzana: ¿Quién llama?

Aldana: ¿Quién grita?

Oliva: ¿Qué ocurre?

Ninón: ¡Dios santo!

Bertoldino: ¿Qué es esto? ¡Dos hombres espadas en mano!...

Lorenzana: ¡Dos hombres!...

Doña Ramírez: ¡Qué espanto!

Ninón: ¡Qué miedo!

Magdalena: ¡Qué horror!

Bertoldino: (Por Don Nuño.) ¡El Conde!

Don Nuño: (Entrando en escena con la espada desnuda.) ¡Silencio! ¡Atrás todo el mundo!

Que sólo a mí toca defender mi honor. (Avanzando sublime.) Aunque anciano, matar a los dos puedo, que cuando empuño la tajante espada, ni nadie supo resistir, ni nada logró borrar la máxima sagrada que hice grabar en su hoja de Toledo. «Viva mi dueño», dice como un grito.

«Viva su madre», añádese en el puño; y yo ambos gritos con valor repito, que está para cumplir lo en ella escrito el brazo de granito de don Nuño. ¡Presto!... ¡Fuera el embozo!... ¡Presto fuera! ¡Explicad por qué estáis en mi castillo!... ¿Quién sois? ¿A qué venís?

Don Pero: (Desembozándose y avanzando un paso altaneramente.) Es muy sencillo.

Todos: El de Toro.

Don Nuño: ¡Gran Dios!

Magdalena: (A Doña Ramírez.) ¡El Duque era!

Don Nuño: Un rayo que a mis plantas cayese de la altura... un sol que a media noche luciera en la negrura... un cuervo que trocase su negror en albura... extrañáranme menos que esta loca aventura. ¡El de Toro en mi casa de tan rara manera!...

Ocultas por el manto la faz y la cimera... con la espada desnuda y la voz altanera... violando mi castillo, mi honor y mi bandera.

Don Pero: Tu honor, nunca, don Nuño, porque tu honor es mío, y por serlo, don Nuño, vine a tu señorío, y te juro, don Nuño, que no vine en baldío.

Don Nuño: No entiendo.

Don Pero: Pues yo mesmo te explicaré este lío. Al despuntar el día, y en unión de mi paje Ginesillo, dejé la Corte y vine a tu castillo, para ver a su dueña, y dueña mía, cuya regia hermosura me enamora.

Llegué de noche, mas llegué en buen hora, porque cuando a llamar me disponía vi una escala de cuerda que pendía de esa terraza, y que a sus pies estaba un hombre que a la escala defendía.

Quise saber lo que aquel hombre hacía y quién era el doncel que aquí se hallaba, y a quién la escala, ¡vive Dios!, servía y qué mano la echaba y qué mano después la recogía.

Que ya que aquí moraba la dama que el amor me destinaba, era muy justo hacer lo que pensaba y muy justo saber lo que quería. Puse en fuga al follón que me estorbaba, subí y entré, y en esta estancia había un hombre, y cuando yo con él reñía llegasteis... y eso es todo.

Agora espero que me digáis con claridad de día qué aguarda y qué hace aquí tal caballero.

Don Nuño: (A Don Mendo.) ¡Hablad! (Don Mendo ni le mira.) ¿Calla?... (Terriblemente.) ¡¡Magdalena!! ¡Esa escala en una almena!...

Magdalena: ¡Padre! ¿Qué piensas de mí?

Don Nuño: ¿Eres inocente?

Magdalena: (Con grandísima energía.) ¡¡Sí!! ¡Pura como la azucena!... Tú mesmo has de verlo aquí, en mis ojos, clara luna, de donde tú siempre lees.

Don Nuño: (Amenazador.) Entonces... voy a armar una de las de no te menees. (Muy enérgico.) ¡A ver, pronto! ¿Quién la escala a ese embozado arrojó?

Don Mendo: Yo mesmo.

Don Nuño: ¿Qué dices?

Don Mendo: ¡Yo!

Don Nuño: No es posible.

Don Mendo: Nadie iguala mi destreza en el trepar para una torre invadir. Excusaos de preguntar: yo la eché para bajar, no la usé para subir.

Por las grietas del torreón trepé cual una raposa, que eso en mí, Conde, no es cosa que llame ya la atención; pero como en el descenso suele más peligro haber, y yo, cuando subo, pienso que tengo que descender, llevo siempre a previsión una escala de garduño y esa es la escala, don Nuño, que pende del torreón.

Don Nuño: ¿Y a qué subisteis?

Don Mendo: Señor...

Don Nuño: No acabo de imaginar. ¿Fue el amor?...

Don Mendo: No fue el amor.

Don Nuño: Entonces...

Don Mendo: Subí a robar. (Asombro en todos.)

Don Nuño: ¡Miserable!... ¡Presto, a él!...

Don Mendo: ¡Quietos!... Infeliz de aquel que intentare, ¡ay Dios!, llegar a don Mendo Salazar y Bernáldez de Montiel. (Se desemboza.)

Don Nuño: ¿Ladrón vos, don Mendo? ¿Vos?

Doña Ramírez: (Aparte a Magdalena.) Por salvarnos a las dos ya ves, su infortunio labra.

Don Mendo: (De salvarla di palabra, y la cumplo, vive Dios.)

Don Nuño: Un Marqués cual vos, ¡qué afrenta! ¿Cuándo vióse acción tan doble?

Don Mendo: Nunca ha de faltar un noble que robe más de la cuenta.

Don Nuño: ¿Pero vos?...

Don Mendo: Y a fuer de honrado, antes de rendir la espada que mi delito ha manchado quiero confesar, que nada de amor hame aquí arrastrado.

Don Pero: ¡No! ¡No!... ¡Nunca lo creeré!

Lorenzana: Ni yo.

Magdalena: ¿Qué decís?

Don Pero: ¡No sé! Permitid que en creerlo luche.

Magdalena: (Recogiendo del suelo el estuche que tiró Don Mendo.) Mirad... hay aquí un estuche.

Don Nuño: El de tu collar.

Magdalena: ¡Sí!

Don Pero: ¿Eh?

Don Mendo: Como tan poco valía no lo quise para mí.

Don Pero: ¿Pero y el collar?

Don Mendo: (Enseñándolo.) ¡Aquí!

Don Pero: ¡Era verdad!

Don Nuño: Lo tenía.

Don Mendo: Tomadlo, y perdón, señora, si os lo quise arrebatar. (Le da el collar.)

Magdalena: (A Pero.) ¿Estáis convencido ahora de que vino aquí a robar?

Don Pero: Convencido y dolorido de haber dudado de vos, y os pido en nombre de Dios para mi crimen olvido. Pronto mi esposa os haré como ya está concertado. ¿Me perdonáis?

Magdalena: ¡Perdonado!

Don Mendo: (¡Santo cielo! ¿Qué escuché? Ella su esposa. ¡Su esposa!... Si tal es verdad, estimo que salvándola hice el primo de una manera espantosa. Pronto he de saberlo, sí, que he de preguntarle yo y he de arrancarle... (Conteniéndose.) Mas ¡oh! ¿Y la palabra que di?)

Don Nuño: Presto, tomadle la espada y a un calabozo sombrío llevadle.

Don Pero: (Rendidamente a Magdalena.) ¡Prenda adorada!

Magdalena: (Idem.) ¡Don Pero!... ¡Don Pero mío!...

Don Mendo: (Enloquecido.) (¡Ah! ¡No! Mi venda cayó! ¡He de confesarlo aquí!... (Conteniéndose de nuevo.) ¡Pero no es posible, no! ¡Dios santo! ¿Qué iba a hacer yo? ¿Y la palabra que di?)

Don Nuño: Sujetadle.

Don Mendo: ¡Atrás, follones! Que sólo así un caballero puede entregar el acero que combatió en cien acciones. (Rompe la espada y arroja los pedazos al suelo.)

Don Nuño: ¡Vive Dios, que tal pujanza ni tal orgullo comprendo!

Don Mendo: (Sujeto ya fuertemente por Lorenzana, Aldana y Oliva.) ¡Venganza, cielos, venganza! (Mirando al cielo.) Juro, y al jurar te ofrendo, que los siglos en su atruendo habrán de mí una enseñanza, pues dejará perduranza la venganza de don Mendo. (Cae desmayada Magdalena.

Inician el mutis los que conducen a Don Mendo, y cae el telón. Fin de la jornada primera

Jornada segunda

Interior de la torre abovedada que sirve de prisión a don Mendo. Una claraboya en el foro, cerca del techo, y una puerta en el lateral izquierda. Al levantarse el telón amanece. Está en escena DON MENDO, recostado sobre un mal camastro.

No hay en escena más muebles que el susodicho camastro y un par de taburetes toscos.

Don Mendo: (Incorporándose, restregándose los ojos y mirando a la claraboya.) Ya amanece. Por esa claraboya las luces del crepúsculo atalayo: pronto entrará del sol el puro rayo que a las sombras arrolla y en bienestar convierte mi desmayo... (Por la claraboya entra triunfante un rayo de sol.) ¡Sí! (Levantándose.) ¡Ya el rayo destella!...

¡Ya mi prisión se enjoya de luz bella!... ¡Ya soy dueño de mí!... ¡Ya bien me hallo!... (Canta un gallo dentro, lejos.) ¡Ya trina el ruiseñor!... ¡Ya canta el gallo!... (Pausa.) ¡Trece de Mayo ya!... ¡Quién lo diría!

Llevo en esta prisión un mes y un día, sin por nadie saber lo que acontece... (Estremeciéndose.) ¡Y hoy es martes, gran Dios!... ¡Martes y trece!... ¿Por qué el terror invade el alma mía? ¿Por qué me inspira un miedo extraordinario esa cifra, ¡ay de mí!, del calendario? (Como loco.) ¡Ah, no, cifra fatal!...

No humillaréis el valor de don Mendo; no podréis; todos iguales para mí seréis... ¡Trece, catorce, quince y diez y seis! (Pausa.) ¿Moriré sin venganza? ¡Cielos! ¡Nunca! Ha de morir la que mi vida trunca y morirá a mis manos... Mas, ¿qué exclamo? ¿Cómo podré matalla, si aún la amo?

Acaso por salvarse aquella noche aceptó del de Toro sin reproche el amor y la fe y el galanteo...

Mas aquel «Pero mío», aquel sobeo delante de mi faz, estuvo feo; porque él llegó a palpalla, que yo lo vi con estos ojos, ¡ay! y ella debió oponerse, ¡qué caray!, al ver lo que yo hacía por salvalla. (Escuchando hacia la derecha.) Oigo pasos.

Acaso es Magdalena que en amor se abrasa o el carcelero vil, que con retraso tráeme el bollo de pan que él mismo amasa...

(Viendo que la puerta se abre y que aparece en el umbral Clodulfo, viejo mal encarado y cetrino, que trae un gran pan y un cántaro.)

Don Mendo: Es el vil carcelero.

Clodulfo: ¿Paso?

Don Mendo: (Desalentado.) Pasa. (Clodulfo deja en escena el pan y el cántaro y se dispone a hacer mutis.) ¿Hoy también viejo Clodulfo habrás de guardar silencio? ¿Hoy tampoco mis preguntas habrán en tus labios eco? ¿Cuándo saldré de esta torre? ¿Pronto o tarde? ¿Vivo o muerto?

¿No sabré tampoco hoy lo que con ansias espero?

Clodulfo: Hoy lo sabrás.

Don Mendo: ¿Por fin hablas?

Clodulfo: Hablo ya, porque hablar puedo, que hoy de gala está el castillo y hoy es día grande, don Mendo.

Don Mendo: ¿Día grande?

Clodulfo: Más brilla el sol hoy que ayer, aun siendo el mesmo.

Don Mendo: ¿Pues qué ocurre?

Clodulfo: Que el privado del Rey don Alfonso séptimo, el noble duque de Toro y conde de Recovedo, señor de catorce villas, seis castillos y un convento, a las nueve ha de casarse con Magdalena... (Al ver que Don Mendo medio se desvanece.) ¡Don Mendo! (Acude a él y le sujeta.) ¿Qué mal os dio que os pusisteis pálido, convulso y trémulo?...

Don Mendo: (Reponiéndose y después de una breve pausa.) Nada, Clodulfo, un vahído, un malestar, un mareo, una locura, un repente, una turbación, un vértigo... Mas ya pasó por ventura.

Clodulfo: Yo creo que estáis neurasténico.

Don Mendo: Tal vez; ¡ay de mí! Mas sigue, viejo Clodulfo. Ha un momento decías...

Clodulfo: Que Magdalena hoy se casa con don Pero y está don Nuño gozoso y galas del gozo haciendo ha mandado que las puertas queden francas a sus deudos; y que la despensa se abra y que corra el vino añejo, y que en la más alta torre luzca el pendón de su abuelo, que no hay un pendón más grande, ni más noble, ni más viejo.

Colgada está ya la iglesia; en fiestas arde ya el pueblo; y los tres primos del Conde, don Juan, don Tirso y don Crespo, llegaron esta mañana desde Pravia, con su séquito.

Don Mendo: (Dejándose caer, abatido, en el camastro.) ¡Que ella se casa!... ¡¡Se casa!!... ¡Y yo en esta torre preso, haciendo el primo!... ¿Qué dije? El primo es poco... ¡el canelo!... ¡Martes y trece, por algo os tomé aborrecimiento!...

Clodulfo: ¿Qué os sucede?...

Don Mendo: Nada, nada...

Clodulfo: ¿Es que teméis?

Don Mendo: ¡Nada temo!

Clodulfo: Pensé que...

Don Mendo: (Altivo.) Pensaste mal.

Clodulfo: Os vi temblar...

Don Mendo: ¡Yo no tiemblo! Nada en la vida, Clodulfo, hizo temblar a don Mendo.

Clodulfo: Perdonad, marqués de Cabra, si mis frases os hirieron...

Don Mendo: Perdonado estás, Clodulfo; y agora, si no es secreto, dime qué suerte me espera y dilo sin titubeos, bueno o malo, lo que fuere. ¡Qué me importa, vive el cielo! Cuando hace un rato, ¡ay de mí! no rodé a tus plantas muerto, es que un rayo no me mata.

Habla, por Dios, habla presto.

Clodulfo: ¿Tendréis valor?...

Don Mendo: (Altivísimo.) ¿Olvidaste que te escucha un caballero?

Clodulfo: Pues bien, el conde don Nuño vuestra prosapia atendiendo, pensó sacaros los ojos y daros libertad luego; pero terció Magdalena...

Don Mendo: ¡Magdalena!... ¡Blando pecho que envidia diera a las aves!... ¡Corazón de suaves pétalos!... ¡Alma pura, cual la linfa del transparente arroyuelo!... ¡Magdalena!... ¡Magdalena!... ¡Ave, rosa, luz, espejo, rayo, linfa, luna, fuente, ángel, joya, vida, cielo!... ¿Y dices que ella terció?...

Clodulfo: Terció y os hizo mal tercio, porque pidió que la lengua os arrancasen primero y que os cortasen las manos y que mudo, manco y ciego en esta torre quedaseis para siempre prisionero.

Don Mendo: ¡¡Mientes!!

Clodulfo: ¡No!

Don Mendo: ¡Mientes te digo! ¡Infame sayón!

Clodulfo: (Amenazador.) ¡Don Mendo!...

Moncada: (Entrando en escena.) ¡Vive Dios, que hasta en prisiones y con vuestro carcelero habéis de reñir!

Don Mendo: (Asombrado.) ¡Moncada! ¿Pero sois vos?

Moncada: En efeto.

Clodulfo: (¡El de Moncada en la torre!...)

Moncada: (A Clodulfo.) Dejadnos, buen hombre.

Clodulfo: (Sin moverse.) Eso...

Moncada: (Imperioso.) ¡Dejadnos digo!

Clodulfo: (Resistiéndose.) Es que yo...

Moncada: Si desenvaino el acero, vais a quedar en la torre, pero vive Dios, que muerto.

Clodulfo: (Temeroso.) Pues que así lo suplicáis, señor Marqués... obedezco. (Se va, cerrando la puerta.)

Moncada: Aunque cierre no me importa: me abrirán mis escuderos. (Este Marqués de Moncada es joven y apuestísimo.)

Don Mendo: (Que aún no ha vuelto de su asombro.) En vano pretendo, Marqués de Moncada, hallar las razones que aquí os han traído.

Moncada: ¿No sois por ventura, mi buen camarada?

Don Mendo: ¿Camarada vuestro quien ha delinquido? Perpetrando un robo me vi sorprendido, así plugo al cielo o al Hado... o al Hada, y no creo, Moncada, que ganéis vos nada, siendo camarada de quien a su espada ha infido, escupido, torcido y rompido.

Moncada: (Sonriente.) Mentís.

Don Mendo: ¿Qué decís?

Moncada: Mentís. Y vos de vos os reís, como yo me río de vos.

Don Mendo: No comprendo qué decís.

Moncada: Será porque no querís, que está claro, ¡vive Dios!

Don Mendo: Siempre fuisteis enigmático y epigramático y ático y gramático y simbólico, y aunque os escucho flemático sabed que a mí lo hiperbólico no me resulta simpático. Habladme claro, Marqués, que en esta cárcel sombría cualquier claridad de día consuelo y alivio es.

Moncada: Claro he de hablar, a fe mía.

Si vos fueseis un ladrón, o por ladrón yo os tuviera, juro a Dios, que os escupiera a la frente, con razón; y en vez de en esta prisión hallarme, cual ahora ve, sin fe en vos ni en nadie fe, a vuestra amistad y afeto puesto hubiera con respeto el consabido R. I. P.

Mas sé, Marqués... ¡lo sé yo!, que en esta torre cautivo está un caballero altivo que nunca en robar soñó; que si en un castillo entró, no entró en él para robar el aljófar de un collar que aun valiendo es baladí, sino que entró en él...

Don Mendo: (Imperioso.) ¡¡No!!

Moncada: (Idem y achicándole.) ¡¡¡Sí!!! Yo lo juro... ¡para amar!

Don Mendo: ¡Miente quien tal cosa diga!

Moncada: El que confeséis no espero, pues sé que sois caballero y a enmudecer os obliga algo que os ata y que os liga. Pero, por casualidad, sin traición a la lealtad, que tal cosa en mí no cabe, como todo al fin se sabe, yo he sabido la verdad.

Don Mendo: (Irónico.) ¿Con la verdad disteis?

Moncada: Di.

Don Mendo: ¡Pues suerte tuvisteis!

Moncada: ¡Oh!

Don Mendo: ¿Y si os engañaseis?

Moncada: ¡No!

Don Mendo: ¿Estáis bien seguro?

Moncada: ¡Sí!

Don Mendo: ¿Acaso visteis?...

Moncada: ¡Lo vi!

Don Mendo: ¿Y sabéis que yo?...

Moncada: ¡Lo sé!

Don Mendo: ¿Pero cómo?...

Moncada: Os lo diré: Mas por Dios tranquilizaos.

Don Mendo: Estoy tranquilo. Sentaos.

Moncada: Muchas gracias.

Don Mendo: No hay de qué. (Se sientan los dos. Pausa.)

Moncada: Ha de antiguo la costumbre mi padre, el Barón de Mies, de descender de su cumbre y cazar aves con lumbre: ya sabéis vos cómo es.

En la noche más cerrada se toma un farol de hierro que tenga la luz tapada, se coge una vieja espada y una esquila o un cencerro, a fin de que al avanzar el cazador importuno las aves oigan sonar la esquila y puedan pensar que es un animal vacuno; y en medio de la penumbra cuando al cabo se columbra que está cerca el verderol, se alumbra, se le deslumbra con la lumbre del farol, queda el ave temblorosa, cautelosa, recelosa, y entonces, sin embarazo, se le atiza un estacazo, se le mata, y a otra cosa.

Don Mendo: No es torpe, no, la invención; mas un cazador de ley no debe hacer tal acción, pues oyendo el esquilón toman las aves por buey a vuestro padre el Barón.

Moncada: Es verdad. No había caído... vuestra advertencia es muy justa y os agradezco el cumplido. ¡El Barón, por buey tenido!... No me gusta; no me gusta.

Don Mendo: ¿Y a qué viene, ¡vive el cielo!, cuando tan grande es mi duelo esa conseja endiablada del cencerro y de la espada y del farol y del celo?

Moncada: Viene, amigo, a que el Barón, cierta noche que cazaba con la luz y el esquilón, vio una escala que colgaba de no sé qué torreón.

Don Mendo: Acaso el Barón soñaba...

Moncada: Y otra noche, vio algo más.

Don Mendo: ¿Qué me decís, vive Dios?...

Moncada: Que vio... soñando quizás que echaron la escala... y zás, por ella bajasteis vos. (Don Mendo baja los ojos y se deja caer abatidísimo en su camastro.) Y esto, don Mendo, tal vez por alguien se ha comentado, y al de Collado ha llegado, y don Pero, que es un pez, está por vos escamado.

Y como al cabo no es bobo, de Magdalena abomina y, lógicamente, opina que la comedia del robo sólo fue una pantomima. Y ella, que anhela el sosiego o que ve perder su juego y en casarse tiene prisa, quiere que quedéis ¡qué risa! preso, mudo, manco y ciego. Pero no será ¡no! ¡No!

Que aunque vos, Marqués de Cabra, a ella le disteis palabra de salvalla, hablaré yo. Mas para hablar, sólo espero vuestra indicación somera.

Don Mendo: ¿Y es caballero el que espera que no sea yo caballero?

Moncada: ¿Y es caballero, Marqués, el que por una perjura muere vilmente?

Don Mendo: Lo es: mi palabra os lo asegura, y soy leonés.

Moncada: Basta, pues. Y en premio de esa hidalguía que en vos es norte y es guía; en premio de ese valor, tomad esa daga mía. (Le da una daga.) Os la da un hombre de honor.

Ponedla oculta y salvaos si ocasión para ello habéis; y si a la afrenta teméis, de una muerte vil, mataos, porque es tan grande la insidia, la perfidia y la falsidia del mundo, que casi envidio al que apelando al suicidio toma un arma y se suicidia.

Don Mendo: (Abrazándole conmovido.) ¡Marqués de Moncada! ¡Hermano! ¡Permitid que os dé ese nombre!...

Moncada: ¿Os afectáis?

Don Mendo: No os asombre, que este dolor sobrehumano en niño convierte a un hombre. Gracias mil por el puñal: gracias mil, porque mi mal será por él menos cruel, pues muy pronto, amigo fiel, habré de hundírmelo en el quinto espacio intercostal.

Y cuando os hablen de mí, decid, Marqués, decid vos que caballero morí, pues una palabra di y la cumplí, vive Dios. (Le abraza de nuevo.)

Clodulfo: (Entrando muy azorado y muy nervioso, a Moncada.) Salid, caballero, salid a seguida porque de no hacello mi vida peligra.

Don Mendo: ¿Qué ocurre?

Moncada: ¿Qué pasa?

Clodulfo: Nadie se lo explica.

Don Mendo: Hablad.

Clodulfo: Que la novia ya estaba vestida aguardando al Duque y a su comitiva y el Abad mitrado calada la mitra aguardando a entrambos en la sacristía, cuando de repente las tropas avisan que llega el de Toro; y el de Toro arriba, sin pajes, ni escoltas, ni bandas, ni insignias.

Llega tembloroso; pálido de ira; echando venablos y tacos y ristras, y dice a la novia: «¡Perjura!... ¡Maldita!... ¡Fuiste de don Mendo la amante y la amiga; y tú le idolatras y por él suspiras; lo sé, miserable, de muy buena tinta!»... «¡Mientes!»—grita ella.

«¡Falso!»—el Conde grita, y los tres Pravianos, rugiendo de ira, al de Toro quieren segarle la vida. «¡Callen todos!»... dice ella enfurecida. «¿Quieres que te pruebe que aquesto es mentira?» «Si me lo probaras yo me casaría.»

«Pues ven a la torre que el cautivo habita, ven a la su cárcel y en su cárcel misma yo sabré librarte de tanta falsía.» Y ya suben todos escalera arriba...

Moncada: ¡Valor, pobre amigo! (Se abrazan.)

Clodulfo: Salid en seguida.

Don Mendo: ¡Adiós! ¡Hasta nunca!

Clodulfo: ¡Que ya se avecinan!

Moncada: ¿Hablaréis?

Don Mendo: Primero me arranco la vida. (Se van Moncada y Clodulfo. Don Mendo queda alicaidísimo.) ¡Voy a verla! Sí ¿Qué incoa mi espíritu? Lo que incoe ya mi cerebro corroe. ¿Mas qué importa que corroa?

¡Aspid que en mi pecho roe, prosigue tu insana roa que aunque soy digno de loa no he de ser yo quien se loe! ¡Fuerzas, cielos, porque

al vella querré matalla y mordella y eso sería delatalla! ¡Juro a Dios que he de miralla y escuchalla sin vendella!

Mas si juré no perdella también vengarme juré en la infausta noche aquella. Y he de vengarme; sí, a fe. ¿Mas qué haré, qué intentaré? ¿Cómo vengarme podré si lo que juré, sé que lacra mi boca y la sella?

¿Cómo, ¡ay Dios!, compaginallo si este desengaño ¡ah! no puede dejarme ya ni tiempo para pensallo?... (Saca el puñal, lo besa y lo contempla con arrobo.) ¡Puñal de puño de aluño!... ¡Puñal de bruñido acero, orgullo del puñalero que te forjó y te dio bruño!...

Puñal que en mi mano empuño, en cuyos finos estríes hay escritas con rubíes dos frases a cual más bella: «Si hay que luchar, no te enfríes. Si hay que matar... descabella.» Tú con tu lengua me llamas y deshaces mi congoja, pues teniendo yo tu hoja no he de andarme por las ramas.

Penetra, puñal, en mí, llega pronto al corazón y a quien te pregunte, di que a pesar de su traición adorándola morí. (Ocultando el puñal al ver que se abre la puerta.) ¡Mas ya llegan: maldición! ¡Qué lindo tiempo perdí!

(Entran en escena, primero dos frailes cistercianos, caladas las capuchas, luego Don Nuño, Don Pero, Doña Ramírez, el Abad con su gran mitra, Don Juan, Don Tirso y Don Crespo, tres nobles de Pravia, frailes, soldados, etc., etc. Por último entra Magdalena, con el traje de boda, apoyada en Doña Ninón.)

Don Mendo: Un fraile... dos frailes... Mi mente no sueña. El Conde don Nuño... Don Pero, la dueña... El Abad mitrado, los nobles pravianos, que los tres son primos porque son hermanos... ¿Pero y ella?... ¿Y ella?... ¿Do está, vive Cristo?... (Entra Magdalena, Don Mendo se estremece.) ¡Ah! ¡Por fin la he visto!

¡La he visto!... ¡La he visto! (Pausa. Todos miran a Magdalena.)

Magdalena: ¿Dónde está quien mi paz turba? ¿Dónde está, que quiero vello? ¿Dónde está el que fue motivo de los celos de don Pero? ¿Es éste?

Don Pero: ¡Sí!...

Don Mendo: (¡Cuán hermosa está con su traje nuevo!...)

Magdalena: Pues escuchad: ante todos digo que su muerte quiero, que si importunóme vivo no ha de importunarme muerto. Yo juro que nada mío ha sido nunca don Mendo; que él, que me escucha, responda si digo verdad o miento.

Don Mendo: Dice verdad. (Rumores.)

Doña Ramírez: (Es un primo.)

Don Pero: (Humildemente.) ¡Magdalena!

Magdalena: (Altivísima deteniéndole con el gesto.) ¡Caballero!

Doña Ramírez: (Don Pero se lo ha creído. Este Pero es un camueso.)

Magdalena: Padre y señor, ya lo oíste. Ya lo escuchaste, don Pero. Jamás mis labios le hablaron: Jamás mis ojos le vieron: para robar, escaló la torre de mi aposento. Ladrón, ladrón, no mereces otro nombre y a él apelo.

Don Pero: ¡Perdóname, Magdalena!...

Magdalena: No he terminado. Un momento. Por los males que me fizo pido a todos que ahora mesmo y aquí mesmo le empareden; y para escarnio y ejemplo, le dejen fuera una mano, la mano del brazo diestro. (Rumores.)

Don Mendo: (¡Caray, qué bruta!)

Don Pero: (Cayendo de rodillas a los pies de Magdalena, y tomándole una mano.) Amor mío, ¡Perdón mil veces!

Magdalena: ¡Don Pero!...

Don Pero: Con señales tan prolijas la vil calumnia tejieron, que yo, encelado, caí como la zorra en el cepo. ¡Perdóname!

Magdalena: Perdonado.

Don Nuño: (Desenvainando la espada.) ¿Que lo perdonas? ¿Qué es esto? (Sensación. Pausa.

Don Pero se levanta y le mira con altivez. Poco a poco, Magdalena; tú eres mujer y eres buena y perdonas; pero yo, a quien la calumnia oyó como canto de sirena, y la creyó y difundió y me ofendió y ultrajó y mi honor pisoteó, no he de perdonarle. ¡Oh!

Magdalena: ¡Padre! ¡Padre!...

Don Nuño: ¡No, no, no! Aunque cumplí los setenta aún mi brazo tiene brío para saldar esa cuenta con Pero.

Magdalena: ¡Pero Dios mío!...

Doña Ramírez: ¿Lavar vos, Conde, la afrenta a vuestra edad? Es salirse de lo que por justo estimo. Vuestro valor no escatimo, mas por vos debe batirse... (Por Don Juan y Don Crespo.) este primo... o aquel primo.

Crespo: Dice bien.

Juan: Tiene razón. Para lavar el baldón la mancha que nos agravia Conde Nuño, henos de Pravia.

El abad: (Mediando con voz hueca campanuda.) Un solo instante...

Don Nuño: Atención.

El abad: Caballeros, escuchad.

Doña Ramírez: Escuchad, que habla el Abad.

El abad: Un consejo permitid, en nombre de la piedad de la que soy adalid como Abad y por mi edad.

Don Pero: Decid, don David, decid.

Don Nuño: Hablad, buen Abad, hablad.

El abad: El gran Duque, como yo, cree que su esposa futura es pura, cual aura pura. ¿Opino bien?

Don Pero: ¿Cómo no?

El abad: Pues si todos, según veo, creen lo mismo que yo creo ¿a qué más sangre verter? ¿A qué este asunto mover, si ha de haber luego himeneo? ¿Que él al dudar la ofendió? Pues al casarse, coligo que su pecado purgó que el casamiento, creo yo que es suficiente castigo. ¿A qué batirse?

¿Qué alcance tiene ese duelo que infama? ¿Que un ilustre nombre dance? ¿Que alguien diga que esta dama es una dama de lance? Esa idea del averno dad, Conde, por no pensada. ¡Turpiter atrum, fraterno! Abrazad a vuestro yerno y aquí no ha pasado nada.

Don Nuño: (Humilde.) Del Evangelio la voz, siempre sabia y eficaz, vibró en mi pecho y veloz quiero brindaros la paz.

Don Pero: Y yo la acepto veraz, porque hubiera sido atroz ese duelo contumaz. (Se abrazan.) En cuanto a don Mendo, apruebe lo por mi dama indicado.

Don Nuño: Aprobado, sí, aprobado. En esta boda no debe faltar ese emparedado. (Gritando hacia el lateral.) A ver, Mendingundinchía... Otalaorreta... Sarmiento... Acudan, por vida mía...

Don Mendo: (¡Qué momento!... ¡Qué momento!...) (Entran en escena Marcial y León, hombres de armas con capuchas rojas. No se les verá la cara.)

Don Nuño: Que aqueste muro vacíen, que en él fabriquen su nicho, y en la forma que se ha dicho le sepulten.

Don Mendo: ¿Es capricho eso de la mano?

Don Nuño: Sí; fuera y de aquesta manera, en actitud pordiosera, para que al salir de aquí todo el que a veros viniera diga a la ciudad entera: «Allí está don Mendo, allí, en la torre, yo le vi; tenía una mano fuera, por eso le conocí.»

El abad: Don Pero, ya el ara espera.

Don Pero: Vamos al ara preclara, pues sólo el ara remedia la inquietud que me acibara.

Don Mendo: (¡Esto, ay Dios, cuán me apesara, quedar yo con mi tragedia mientras ellos van al ara!...)

Don Nuño: (A uno de los frailes, el que oculta más el rostro.) Quedad con él y exhortalle, fray Luis de Jerusalén; confesalle y preparalle para bien morir, amén. ¿Vamos todos?

El abad: Vamos, sí. (Van haciendo mutis.)

Don Mendo: (Lo que prometí, cumplí.)

Magdalena: (¡Lo que prometió, cumplió!)

Doña Ramírez: (¡Jamás tal lealtad se vio!)

Don Mendo: (¡Jamás tal perjurio vi! ¡No sé si oí lo que oí o si mi mente lo urdió!)

Magdalena: (Con tal de ser feliz yo, ¿qué puede importarme a mí que lo empareden o no?) (Vase.)

Don Mendo: (¡Monstruo de maldad, quimera con forma de ángel divino!...)

Doña Ramírez: (Y el pobre Duque en la higuera... ¡Los hay que tienen un sino!...) (Vase. Quedan en escena Don Mendo y los dos frailes, es decir, Moncada y Sigüenza y los dos verdugos.)

Don Mendo: Basta ya de sufrimientos; acabemos de una vez y con altivez ¡pardiez! esta vida de tormentos. (A los frailes, sacando el pu-

ñal.) Se empareda a los villanos, no a los hombres de raigambre.

Sed testigos, cistercianos, de que muero por mis manos y emparedan a un fiambre. (Intenta clavarse el puñal; pero Moncada y Sigüenza echan atrás sus capuchas respectivas y le sujetan.)

Moncada: ¡Quieto!

Don Mendo: ¡Moncada!... ¡Sigüenza! SIGÜENZA ¿Qué es eso? ¿Qué vais a hacer?

Don Mendo: ¡Matarme!

Moncada: ¿Cuando comienza vuestra vida a renacer?

Don Mendo: No comprendo.

Moncada: (Llamando.) ¡Pronto! ¡Alenza... Gorostizaga... León!... El cadáver y al avío. (Se quitan Marcial y León las caperuzas rojas.)

Don Mendo: (Boquiabierto.) ¿Pero qué esto, Dios mío? ¡El Vizconde y el Barón!... ¡Oh virtud de la amistad!

Moncada: ¡Presto, Vizconde, avisad; no hay que perder un instante!

Marcial: (Asomándose al lateral izquierda.) Vamos, señores, pasad con vuestra carga adelante. (Entran cuatro gachós con unas parihuelas en las que traen un cadáver tapado con una manta.)

Don Mendo: ¿Ese cadáver?... No acierto...

Moncada: En ocasión a que está, don Mendo, el castillo abierto, hemos embriagado a vuestros verdugos.

Don Mendo: ¿Es cierto?

Moncada: Y en lugar de vos se hará emparedar a este muerto. Ponga el anillo en su mano, y aprovechando la fiesta y el bullicio cortesano, huya de la torre aquesta vestido de cisterciano. (Se quita el hábito.)

Don Mendo: Huiré, sí; pero yo juro que nadie sabrá de mí; que don Mendo queda aquí sepultado en ese muro. Yo ya no soy el que era; he muerto, y el que ha nacido ni es don Mendo ni lo ha sido, ni volverlo a ser quisiera.

Soy un ente, una quimera; soy un jirón, una sombra; alguien sin patria y sin nombre... una aberración... un hombre que de ser hombre se asombra. Cual una nota perdida con la ceniza en la frente, naufragaré en el torrente proceloso de la vida. ¿De qué viviré?... ¿Qué haré?... ¿Dónde al cabo moriré?...

¿Aquí o allá?... ¿Qué más da?... ¿Seré malo?... No lo sé. ¿Seré bueno?... ¡Qui lo sa! Malo o bueno, para vos será mi postrimer hálito. Acabemos. Venga el hábito. (Lo toma.) Ahí va mi anillo... y adiós.

Moncada: (Conmovido.) ¡Don Mendo!

Don Mendo: ¿Qué estáis diciendo? ¿Don Mendo yo? ¿Estáis seguro? (Por el cadáver.) Ese, Moncada, es don Mendo, el que sin pompas ni estruendo vais a enterrar en el muro. Despedidme de otra suerte, porque yo no tengo nombre.

Moncada: ¿Y cómo os diré que acierte?

Don Mendo: Decidme sólo: ¡Adiós, hombre!

Moncada: ¡Adiós, hombre!... ¡Buena suerte! (Telón.) Fin de la jornada segunda

Jornada tercera

Perspectiva de un campamento en el siglo doce. En el telón de fondo habrá pintadas aquí y allá, entre macizos de árboles y sorteando los accidentes del terreno, varias tiendas de campaña. Lejos se verá una ciudad circundada por espesas murallas y enhiestos torreones. En el lateral derecha frondoso arbolado.

En el lateral izquierda una lujosa tienda de campaña que se pierde en el lateral. Es de día. Al levantarse el telón están en escena FROILÁN y MANFREDO, nobles y apuestos guerreros. Dentro suena, cerca, un redoble de tambor, luego otro redoble más lejano, y así un rato hasta perderse el sonido lejísimos.

Froilán: Ya los roncos atambores dan al aire las noticias. (A Girona, que entra por la derecha primer término.) ¡Albricias, Girona!

Manfredo: ¡Albricias!

Girona: Muy buenas tardes, señores. ¿Es cierto lo que pregona ese parche que resuena?

Manfredo: Es cierto; de enhorabuena estamos todos, Girona.

Froilán: (Mirando hacia la derecha último término.) Pero, ¡vive Dios! ¿Qué vedo? ¡Aquel aire, aquella espada!... ¿Es que deliro, Manfredo, o es el Marqués de Moncada?

Manfredo: El Marqués es, en efeto, que ni en Burgos ni en León hay jubón cual su jubón ni peto como su peto.

Moncada: (Entrando en escena por el término indicado.) ¿Redoblan? ¡Por San Dionís! ¿A quién tal ruido precede?

Froilán: Capitán, ¿de do salís que ignoráis lo que sucede?

Moncada: Pues, ¿qué sucede Froilán? ¿Anuncian alguna ley?

Froilán: Anuncian al Rey.

Moncada: ¿Al Rey? ¿No me engañáis?

Froilán: ¡Capitán!

Moncada: Perdonad. Herido fui cuando Baños fue asaltado, y de Burgos he llegado recientemente.

Froilán: Pues sí; don Alonso hace un momento salió de la ciudadela, y con doña Berenguela va a llegar al campamento.

Viene a ver a su privado, y no es extraño el honor, que muerto el Cid Campeador no hay otro más esforzado; pues con su arresto y su hueste, es sabido que el de Toro supo contener al moro al Este, al Sur y al Oeste.

El fuerte de Olivo fue su principal objetivo, y sabéis, Moncada, que don Pero tomó el Olivo. En la villa de Al-coló bien demostró sus redaños, y después al tomar Baños, su mayor triunfo alcanzó.

Ayer juró ante la tropa y ante toda la nobleza que hasta no entrar en Baeza no ha de mudarse de ropa; y siendo ayer once, infiero que en entrar tendrá interés, pues él se muda el primero y el quince de cada mes.

¿No valen estos trabajos que el propio Rey le visite y le abrace y felicite y le colme de agasajos?

Moncada: ¿Y no será otro el motivo que obliga al Rey a venir?...

Froilán: No sé, Marqués, qué decir. Aquí no hay otro atractivo...

Moncada: Hailo.

Froilán: ¡Cielo! ¿Hailo? ¿Y eso?...

Moncada: Yo no soy ningún Licurgo, mas ni aquí, Froilán, ni en Burgo me la da nadie con queso. No hay que emular a la ardilla para

saber, ¡vive Dios!, cómo es el Rey de Castilla.

Froilán: ¿Sabéis vos?...

Moncada: ¡Mejor que vos! Que en mi infancia, allá en Sagley, y en Pozal, y hasta en Bordallo, hemos corrido el caballo juntamente yo y el Rey.

Más de cien noches de oculto, él portando un anafil y yo llevando el candil, hemos escurrido el bulto en busca de galanteos con damas de baja estofa, y hasta con la vil gallofa hubo lances y escarceos.

El es, Froilán, muy osado al par que afable y cortés, ¡si sabré yo cómo es después de haberle alumbrado!

Manfredo: ¿Y opináis vos?...

Moncada: ¡Claro está!

Girona: ¿Que aquí viene?...

Moncada: Es muy creíble.

Manfredo: ¿Alguna mujer?

Moncada: ¡Quizá!

Girona: ¿Algún amor?

Moncada: Es posible.

Manfredo: Entonces, ¿vos suponéis que viene por la...? (Señala la tienda de la izquierda.)

Moncada: ¡Manfredo, en la llaga vuestro dedo con gran tino puesto habéis! (Confidencial.) El privado se casó con la Manso de Jarama, y tanto gustó la dama al propio Rey, que exclamó al conocella: ¡Por Cristo, que en mi vida logré ver una tan linda mujer como la que agora he visto!

A su conquista me lanzo, que esa Manso es un tesoro; y sabiendo que el de Toro al par que Toro era Manso, rápido como un cohete

puso cerco a la señora, y al cabo de media hora era ya de Alfonso siete.

Y pues que agora la bella mora en aqueste vergel, viene el Rey, no a verle a él, el Rey viene a verla a ella.

Froilán: (Enfáticamente, dando un paso atrás.) Pues pierde su tiempo el Rey, señor Marqués de Moncada, que la esposa de don Pero no está ya del Rey prendada, sino de un bardo errabundo que la dejó fascinada una mañana en Fuenfría al pie de Navacerrada.

Moncada: ¿De un bardo? ¿De un trovador la Duquesa enamorada? ¿Estáis seguro?

Froilán: Lo estoy, señor Marqués de Moncada; de un trovador, que no lleva ni crestón, ni barberada, ni casco, ni cruz, ni peto, ni porta en el cinto espada; sino un puñal toledano de hoja fina y bien templada con rubíes que parecen robados a la alborada y en su puño, vuestro cuño, señor Marqués de Moncada.

Moncada: ¿Mi cuño?... (¡Cielos! ¿Acaso es la joya regalada por mí a don Mendo, o la otra que en Burgos dejé empeñada en el Mesón de Paredes?) Vive el cielo, que me agrada lo que me contáis del bardo que hizo empresa tan osada. ¿Podréis, Froilán, describille?

Froilán: Puedo, que su faz grabada quedó en mis ojos al vello, al pie de Navacerrada. Tiene la color oscura, tiene la su voz velada, la su cabeza es pequeña y algo braquicefalada.

Tiene rubios los cabellos, tiene la barba afeitada, breve el naso, noble el belfo, la su frente despejada, y una mirada tan dulce, tan triste, tan apenada, que hay que preguntalle al velle: ¿qué tienes en la mirada?

Moncada: ¿Sabéis su nombre?

Froilán: Renato.

Moncada: Le va bien.

Froilán: ¿Cómo?

Moncada: No, nada. ¿Y se apellida?

Froilán: Lo ignoro, señor Marqués de Moncada.

Moncada: (Es él; don Mendo, sin duda.)

Froilán: Va de mesnada en mesnada en unión de tres judías y dos moras de Granada, que bailan, mientras que él recita alguna balada.

Y diz que una de las moras, la que Azofaifa es llamada, sabe de augurios y hechizos y fabrica una pomada que aunque al verla se os antoja vaselina boricada, es pomada milagrosa, pues con una pincelada torna al anciano en adulto y a la nieve en llamarada.

Manfredo: (Mirando hacia la derecha.) Ved, Froilán, ya se columbra el tropel por la cañada.

Moncada: Es verdad. El Rey se acerca, se ve su enseña morada junto a los verdes pendones del Privado y la Privada. ¿Vamos, señores?

Froilán: Sí; vamos, señor Marqués de Moncada. (Se van por la derecha último término.)

(Por el primer término de la izquierda, entran en escena Don Mendo, Azofaifa, Rezaida, Aljalamita, Raquel y Ester. Las dos primeras son moras; las tres últimas judías, Don Mendo viene afeitado y vestido de juglar.)

Don Mendo: (Por la tienda de la izquierda.) Aquí ha de hospedarse el Rey. Hagamos alto aquí mesmo, que si en su honor se hacen fiestas como dicen, y yo espero, vamos a sacar tajada y bien gorda, vive el cielo.

Ester y tú, Aljalamita, por ese camino estrecho avanzad, y dadme aviso de cuando el Rey y su séquito se avecinen. (Hacen mutis por la

derecha Ester y Aljalamita.) Tú, Rezaida, acércate al arroyuelo y lávate barba y boca, porque después del almuerzo no lo hiciste y tienes manchas de chorizamen y huevo. (Vase Rezaida por la izquierda.) Raquel, haz tú una tomiza y remienda el roto velo, que para danzar la rumba puede hacer falta.

Raquel: Al momento. (Mutis por la derecha.)

Don Mendo: Y tú, Azofaifa, averigua si al Barón de Vasconcello plació la silva que ayer dediqué a sus mesnaderos. (Azofaifa no se mueve.) ¿No escuchastes, Azofaifa? ¿No obedeces?

Azofaifa: (Resuelta.) ¡No obedezco!

Don Mendo: ¡Cielos, qué fue lo que oí! ¡Azofaifa!... ¿Qué es aquesto?

Azofaifa: Aquesto, es Renato, que muero de amores; aquesto, es Renato, que muero de celos. Aquesto es que anhelas restar aquí solo para hablar con ella... ¡No niegues aquesto! Que yo sé, Renato, que aquesa es la tienda del noble Privado, del Duque don Pero, y sé que a su esposa, tú adoras, Renato.

Don Mendo: ¡Mientes, Azofaifa!... ¡Mientes, sí!...

Azofaifa: No miento. La quieres, la adoras, suspiras por ella, la nombras dormido, la buscas despierto. Magdalena, dices, al abrir los ojos, Magdalena, dices, al rendirte al sueño.

Y hasta hace unas horas, cuando en la hostería te desayunabas, pediste al hostero en vez de ensaimada, una magdalena, y eso fue una daga que horadó mi pecho.

Don Mendo: (Mirándola con profundísima pena.) ¡Pobre morabita, nieta de Mahoma, fuego de mi nieve, nieve de mi fuego, luminar lejano de mi eterna noche, rosa que perfumas en mi campo yermo!...

¿Qué traidora mano vertió en tus entrañas la negra semilla de los tristes celos?

Azofaifa: Mis ojos, Renato, que vieron los tuyos y vieron los suyos y en ambos leyeron. ¡Ella te idolatra!

Don Mendo: ¿Qué dices?

Azofaifa: ¡Te adora! ¡Lo he visto en sus ojos!

Don Mendo: (Si tal fuera cierto, qué hermosa venganza matalla de amores.)

Azofaifa: Y tú...

Don Mendo: Calla, calla, ¿qué sabes de eso?

Azofaifa: ¿Por qué me engañaste? ¿Por qué me dijiste que en ti los amores y la fe habían muerto? ¿Por qué me dijiste que esos labios rojos que me vuelven loca, no darían más besos? ¿Por qué me dijiste que tus ojos claros nunca mirarían con loco deseo?

¿Por qué me dijiste que no me abrazabas porque las traiciones tanto mal te hicieron, que en huelga tranquila de brazos caídos tus brazos nervudos por siempre cayeron? ¿Por qué me engañaste, Renato? Responde. Ya ves que, llorando, mis penas te cuento. (Cae de rodillas, llorando.)

Don Mendo: (Conmovido, poniéndole una mano sobre la cabeza.) ¡Mora de la morería!... ¡Mora que a mi lado moras!... ¡Mora que ligó sus horas a la triste suerte mía!... ¡Mora que a mis plantas lloras porque a tu pecho desgarro!... ¡Alma de temple bizarro! ¡Corazón de cimitarra!...

¡Flor la más bella del Darro y orgullo de la Alpujarra!... ¡Mora en otro tiempo atlética y hoy enfermiza y escuálida, a quien la pasión frenética trocó de hermosa crisálida en mariposa sintética!...

¡Mora digna de mi amor, pero a quien no puedo amar porque un hálito traidor heló en mi pecho la flor aun antes de perfumar!... (Levantándola.) Deja de estar en hinojos.

Cese tu amarga congoja, seca tus rasgados ojos y déjame que te acoja en mis brazos, sin enojos. (La abraza.) No celes, que no es razón celar, del que por su suerte en una triste ocasión por escapar de la muerte dejó en prenda el corazón.

No celes del desgraciado que sin merecer reproche fue vilmente traicionado y cambióse en media noche por no ser emparedado. Ni a ti ni a nadie he de amar. Déjame a solas pensar sentado en aqueste ripio, sin querer participar del dolor que participio.

Déjame con mi revés: si quieres besarme, bésame, consiento por esta vez, pero déjame después. Déjame, Azofaifa, déjame.

Azofaifa: (Arrodillándose ante él y besándole la mano.) Adiós, mi amor, mi destino, asesino peregrino de mi paz y mi sosiego. Adiós, Renato divino.

Don Mendo: Adiós, adiós. Hasta luego.

Azofaifa: (Haciendo mutis por la izquierda primer término.) (De quien causó su quebranto y le fizo llorar tanto, he de vengarme colérica.) (Vase.)

Don Mendo: (Viéndola ir, con cierta lástima.) (La infeliz es una histérica que no sé cómo la aguanto.) (Sentándose.) ¿Pero lo que me indicó de Magdalena, será una ilusión suya o no? Si eso fuera cierto... ¡oh! Si se confirmara... ¡ah!

Que de estar enamorada mi venganza tendría efeto, pues que podría, discreto, herirla de una balada y matalla de un soneto. Y debe ser cierto, sí, porque siempre que me ve me mira de un modo que parece como que se face pedazos por mí.

¡Ironías de la suerte: la que condenóte a muerte y te arrojó de sus brazos agora sin conocerte se muere por tus pedazos! (Queda pensativo, con la frente apoyada en el índice de la mano diestra.) (Por la derecha, último término, entran en escena Magdalena y Doña Ramírez.)

Magdalena: ¿Es él?

Doña Ramírez: Él es.

Magdalena: ¡Ya era hora!

Doña Ramírez: Sin duda alguna os acecha...

Magdalena: Doña Ramírez.

Doña Ramírez: Señora.

Magdalena: Dejadme con él agora.

Doña Ramírez: Pues buena mano derecha. (Haciendo mutis.) (Hoy quien priva es el poeta de las baladas divinas, y ayer privaba un atleta... ¡Infeliz! Es más coqueta que las clásicas gallinas.) (Entra en la tienda.)

Magdalena: (A Don Mendo.) Trovador, soñador, un favor.

Don Mendo: ¿Es a mí?

Magdalena: Sí, señor. Al pasar por aquí a la luz del albor, he perdido una flor.

Don Mendo: ¿Una flor de rubí?

Magdalena: Aún mejor: un clavel carmesí, trovador. ¿No lo vio?

Don Mendo: No le vi.

Magdalena: ¡Qué dolor! No hay desdicha mayor para mí que la flor que perdí, era signo de amor. Búsquela, y si al cabo la ve démela.

Don Mendo: Buscaré, mas no sé si sabré cuál será.

Magdalena: Lo sabrá, porque al ver la color de la flor pensará: ¿seré yo el clavel carmesí que la dama perdió?

Don Mendo: ¿Yo, decís?

Magdalena: Lo que oís, que en aqueste vergel cual no hay dos, no hay joyel ni clavel como vos.

Don Mendo: Quedad, señora, con Dios.

Magdalena: ¿Por mi desdicha os molesto, os importuno y agravo?

Don Mendo: No, señora, no es aquesto: es que, cual flor, soy modesto y me estáis subiendo el pavo.

Magdalena: ¿Es que tan mal expreséme, doncel, que no comprendióme? ¿No miróme? ¿No escuchóme? ¿Tan poco afable mostréme que apenas vióme ya odióme?

Don Mendo: Escuchéla y contempléla, vila, señora, y oíla; pero cuanto más miréla y cuanto más escuchéla, menos, señora, entendíla. ¿Quién sois que venís a mí, a un errante trovador, y me comparáis así con un clavel carmesí que es signo de vuestro amor?

Magdalena: Trovador a quien adoro: soy la Duquesa de Toro, la más rica de Alcover. Tengo en mi casa un tesoro: para amarme, ¿queréis oro?

Don Mendo: ¿Para qué lo he de querer si el oro no da el placer?

Magdalena: Trovador de baja grey, soy yo la amante del Rey, la que reina por amor. Mi capricho es siempre ley. ¿Quieres ser Duque o Virrey?

Don Mendo: Honor que otorga el favor, ¿para qué si no es honor?

Magdalena: (Cada vez más loca.) Trovador, soy muy hermosa, mi piel es pulida rosa que goce y perfume da. Soy volcánica y mimosa, tómame y hazme dichosa.

Don Mendo: ¿Quién habla de goces ya si el goce la muerte da?

Magdalena: Hombre de hielo, que así responde a mi frenesí, ¿dónde tu acento escuché? ¿En dónde tus ojos vi? ¿Dónde la tu voz oí?

Don Mendo: No sé, señora, no sé, ni do os vi, ni do os hablé. (Adoptando una postura gallarda.) Algún fantasma está viendo vuestro cerebro exaltado.

Magdalena: (Retrocediendo horrorizada.) ¡No, sí, no, sí, no!... ¡¡Don Mendo!! (Reponiéndose.) (¿Pero qué estoy yo diciendo? ¡Don Mendo está emparedado!) Perdonad. Tuve un repente, mas ya pasó, por ventura.

Sin duda la calentura trajo de pronto a mi mente el recuerdo, la figura de un ladrón, de un perdulario, de un Marqués estrafalario, que, aunque noble y de Sigüenza, por robar como un corsario, murió como un sinvergüenza.

Don Mendo: Si me quisierais contar esa historia, gran señora, pudiérala yo glosar.

Magdalena: Luego, que no hay tiempo ahora. Si la queréis escuchar, ¡bellísimo trovador!... en la cueva de Algodor aguardadme al dar la una; que hay allí sombra y frescor y una fuente que oportuna, saciará, sin duda alguna, mi sed ardiente de amor. ¿Faltarás?

Don Mendo: No faltaré.

Magdalena: Gracias, mi tesoro, adiós. Con mi dueña acudiré, y tan en punto estaré, que, al sentirnos, diréis vos: «es la una y son las dos.» ¡Adiós, mi vida, mi fe!... ¡Adiós, mi tesoro, adiós!... (Le tira un beso y entra en la tienda de la izquierda.)

Don Mendo: (Horrorizado.) ¿Qué es eso? ¿Tiróme un beso? (Limpiándose.) ¿Dónde, ¡ay, Dios!, el beso dióme, y dónde quedóme im-

preso? ¡Pardiez! ¿Por qué fizo aqueso y por qué me lo tiróme? ¡Trapalona! ¡Lagartona! ¡Furia, catapulta, aborto... que de perjurio blasona!

Has de ver cómo me porto; pues esta tarde en la cueva adonde el hado te lleva, juro por quien fui y no soy que he de vengarme y que voy a dejarte como nueva.

Porque al hacer explosión todo el odio que hay en mí, seré para tu expiación, no ya un clavel carmesí, sino un clavel reventón. (Jura y se va por la derecha último término.)

Azofaifa: (Surgiendo por la izquierda.) ¡Ah! ¡No, miserable, no!... A esa cita que te dio no irás solo con la bella. Habrá otra mujer en ella, y esa mujer seré yo. (Se va tras de Don Mendo. Por la derecha, primer término, entran en escena sigilosamente Don Lope y Don Lupo.)

Lupo: ¡Válame el cielo, don Lope! ¡Válanme todos los santos!

Lope: ¿Qué ha sucedido, don Lupo?

Lupo: Que don Nuño y el privado hacia la tienda venían a fin de tomar descanso, cuando al llegar a la orilla de ese chaparral cercano vio don Pero que su esposa con un hombre estaba hablando.

Celoso, pretendió oilla: detuvo a don Nuño el paso y hoy han sabido los dos lo que nunca sospecharon: que la privada es capaz de pegársela al privado, no ya con el propio Rey, que tal pegamento, es caso de honor para la familia, sino con cualquier bellaco que la recite una trova junto a la trompa de eustaquio.

Lope: ¡Pobre Toro! Tan boyante que venía, tan ufano con los honores que el Rey ha un instante le ha otorgado.

Lupo: ¿Honores?

Lope: ¿No lo sabíais?

Lupo: No por cierto.

Lope: ¡Qué milagro! Pues sí; por su loca audacia y su arrojo al tomar Baños, hale otorgado el honor de poner en lo más alto de su escudo, donde ostenta una cruz de luengos brazos, cinco banderillas blancas con ribetes encarnados.

Lupo: ¡Cinco banderillas!

Lope: Cinco: a bandera por asalto. Y por tomar Al-coló y el Olivo, le ha donado para su escudo también aqueste lema preclaro: «No hay barreras para mí, pues si hay barreras, las salto.»

Lupo: Aquí llegan. Reparad cuán tristes y cabizbajos se acercan ambos, don Lope.

Lope: Y con razón, qué diablos. Yo en el pellejo de Toro embistiera sin reparo desde el rey al trovador.

Don Nuño: (Con Don Pero por la derecha, primer término.) ¡Valor, don Pero!...

Don Pero: (A Don Lupo y Don Lope.) ¡Dejadnos! (Se deja caer en una piedra y oculta el rostro entre las manos.)

Lupo: (Haciendo mutis con Don Lope por la derecha, último término.) Parte el alma ver a un Toro tan noble y tan castigado. (Vanse.)

Don Pero: (Incorporándose, desalentado, tras una pausa.) ¡Qué fue, don Nuño amigo, lo que escuché desde la vil maleza!... ¡Qué horóscopo infernal nació conmigo! ¿Por qué cayó este peso, este castigo sobre mi corazón y mi cabeza?...

¡Ella; la blanca flor que yo estimaba pura como el albor de primavera, aprovechando mi fatal ceguera, con este y con el otro se enredaba, y más que blanca flor que perfumaba, era torpe y maldita enredadera!... ¡Con lo que yo la amaba, que ella era mi norte, mi pendón y mi bandera!...

¡Triste suerte la mía! ¿A quién sale con tal coquetería? ¿Lo imagináis tal vez?

Don Nuño: (Tristemente.) Sale a una tía: A mi hermana menor doña Mencía, que dos veces casóse y con los dos esposos divirtióse.

Don Pero: Yo fui siempre un marido comedido que en tal comedimiento está mi flaco. Jamás oyó de mí nada atrevido, que cuando algún bellaco mi calma exasperaba y distraído soltaba en su presencia cualquier taco, procuraba al instante disimular la frase mal sonante y usaba de vocablos que eran sustitutivos de venablos.

¡Cuántas veces he dicho centellante: «Córcholi», que es un taco italiano en lugar del venablo castellano!...

Don Nuño: ¿Y qué piensas hacer?

Don Pero: ¡Matalla!

Don Nuño: ¡Calla! Al ladrón que en su amor te sustituya mátale, sí, porque su vida es tuya; pero a la vil canalla que el honor de los Mansos avasalla, yo solo he de matar. ¡Nadie me arguya! Mi sangre lleva, que mi sangre es suya, y yo mesmo, su padre, he de matalla.

Don Pero: ¡Pero si el golpe os falla... dejaréis que a mi vez yo contribuya!...

Don Nuño: Debes en caso tal, apuñalalla y con furia de tigre rematalla hasta que el deshonor en ti concluya.

Don Pero: (Abrazándole conmovido.) Esa respuesta noble y bondadosa aguardaba de vos y no otra cosa. Si no escuchamos mal, es a la una la cita de mi cónyuge.

Don Nuño: En efeto, y en la cueva moruna, lugar que por su aspeto, se presta, ¡vive Dios!, a mi proyeto.

Don Pero: Pues la comedia acabará en tragedia. Nos reuniremos a las doce y media y sereno... ¡Sereno, sí, sereno, mi honor he de librar

de tanto cieno! (Trompetazos y musiquilla dentro.)

Don Nuño: (Mirando hacia la derecha.) ¡El Rey se acerca!...

Don Pero: ¡El Rey!... ¡Qué desengaños! ¡Después de una amistad de tantos años resultar que era él, mi condiscípulo, el que en la corte me ponía en ridículo!... Y debe amarla aún, que aunque sostiene que viene aquí por mí, por mí no viene. Esas son ocurrencias de retórico. ¡Viene por mi mujer!

Don Nuño: Eso es histórico...

Don Pero: De haberlo yo sabido no hubiera, no, don Nuño, consentido que por premiar mi táctica certera al tomar esos fuertes por asalto, en el escudo de mi padre hiciera insertar la inscripción de la barrera, y luego, esto es peor, ¡ay!, me pusiera las cinco banderillas en lo alto; que agora me avergüenza y me mancilla el llevar en la cruz las banderillas.

Don Nuño: ¡Disimulo, don Pero!

Don Pero: Soy valido y sé disimular como es debido.

(La musiquilla suena ya en el último rompimiento de la izquierda y al mismo tiempo que Magdalena y Doña Ramírez salen de la tienda, entran en escena por la derecha último término los siguientes personajes y en este mismo orden: dos Heraldos, seis Soldados, dos Pajes, Don Alfonso, Doña Berenguela, Marquesa, Duquesa, Don Gil, Don Suero, Moncada, Froilán, Manfredo, Girona, Don Lupo, Don Lope, Don Mendo, Azofaifa, Raquel, Ester, Aljalamita, Rezaida, Moro 1.º, Moro 2.º y cuantos guerreros sean posibles.

Magdalena saluda cortésmente a los Reyes en tanto que los Pajes entran en la tienda y sacan dos sillones, que ocupan Doña Berenguela y Don Alfonso.

El rey: Cese ya el atambor, que están mis nobles cansados de redobles y yo ahíto de tanto parchear y tanto pito. (Cesa la música.) (Dirigiéndose a la Duquesa.) Ha un momento, señora, que a tu esposo por su mando glorioso en esta magna empresa le demostré gustoso el amor que mi pecho le profesa.

A ti, noble Duquesa, que por valles, y cúspides y oteros, vas tras él animando a los guerreros que te llaman «la bélica leonesa», cumpliendo una promesa que hice a la Reina ayer, de sobremesa, te nombro capitán de coraceros. (Murmullos.) Y a tu cintura breve y torneada yo mesmo he de ceñir mi regia espada.

Magdalena: No me estimo acreedora a gracia tan loadora y valedora.

Doña Berenguela: Tal merced nuestro afeto conmemora.

Magdalena: ¡Gracias, Rey y señor!... ¡Gracias, señora!...

El rey: (Ciñéndole su espada.) ¿Por qué no me has escrito, vida mía?

Magdalena: (También en voz baja.) Porque Pero me acecha noche y día.

El rey: Luego te buscaré.

Magdalena: ¿Pero esta gente?...

El rey: Yo les daré esquinazo fácilmente. (Se separan. Don Alfonso vuelve a ocupar su sitio.)

Don Pero: (A Don Alfonso.) Señor, de veras lamento y me duele y me molesta no poder haceros fiesta en mi pobre campamento; pero aunque a todos convoque no he de hallar, porque no haile, nadie que cante, ni toque, ni que recite, ni baile; que son mis garridas huestes, huestes de recios soldados a quienes han sin cuidados los romances y los «tuestes».

Doña Berenguela: ¿Pero es posible, don Pero, que quien distraiga no haiga?

Don Pero: Señora, no hay quien distraiga.

Don Mendo: (Avanzando.) Perdonadme, caballero.

Don Pero: (Furioso.) ¡Cielos! ¿Quién osa?

Don Mendo: ¡Yo oso!

El rey: ¡Un trovador!

Moncada: (¿Qué estoy viendo? Es él, don Mendo. ¡Don Mendo!...)

Doña Berenguela: (Calándose los impertinentes y mirando a Don Mendo con codicia.) (¡Qué trovador tan hermoso!)

Don Mendo: Rey de Castilla y León, si tu permiso me dieras, yo trovara una canción al son del mago danzón de mis cinco bayaderas.

El rey: ¿Cinco bayaderas? ¡Vaya!

Don Mendo: Vedlas, señor. (A las moras y judías que estarán tras él.) ¡Avanzad! (Las cinco saludan.) Dudo que en Hispania haya desde Cádiz a Vizcaya nada mejor, Majestad. Judías son estas tres, y hacen tan raras estrías con los brazos y los pies al danzar, que raro es no repitan las judías.

Estas otras dos son moras de la Alpujarra, y compiten con las otras danzadoras de tal modo, que repiten aunque son moras, señoras. Si ver sus gracias quieredes y permiso me concedes y para una trova entonar, yo sabré, señor, pagar con un canto tus mercedes.

El rey: Trove, trove el trovador, que no ha de causarme enojos.

Magdalena: (¡Es bello como una flor!)

Doña Berenguela: (¿Qué fuego tiene en sus ojos que ha despertado mi amor?)

Magdalena: (Que no quita ojo a Don Mendo.) Doña Ramírez, le quiero; muero por ese doncel.

Doña Berenguela: (A Don Suero que está tras ella.) Ese trovador, don Suero, ha de ser mío, o me muero. (Siguen hablando.)

Azofaifa: (¡Todas se fijan en él!)

El rey: (A Don Gil, que está tras él.) Haced que yo y Magdalena tengamos alguna escena antes de sonar las cuatro. (Siguen hablando.)

Doña Berenguela: (A Don Suero.) Decidle que me enajena, decidle que le idolatro, que su voz me suena a trinos, que su boca es un edén, y que quiero, por mi bien, verme en sus ojos divinos antes que las cuatro den.

Gil: (A Don Alfonso.) Yo hablaré luego a la bella.

Suero: (A Doña Berenguela.) Satisfarás tu quillotro.

Don Pero: (A Don Nuño, rugiendo de ira.) ¡Qué estrella tengo! ¡Qué estrella! ¡Cómo mira el Rey a ella!... ¡Y ella cómo mira al otro!...

Don Mendo: (Que ha estado templando su laúd.) Templado está ya el laúd.

El rey: Pues vuestra trova cantad.

Don Mendo: ¡Reyes y nobles, salud!... (Al Rey.) Para ti mi gratitud por tu indulgencia.

El rey: Empezad. (Música.)

Don Mendo: (Mientras las tres judías y las dos moras bailan, recita a compás de la música.) Era don Lindo García, el Marqués de Fuente-Amor, el más noble caballero de Castilla y de León.

Sangre de reyes tenía y sangre de rey vertió, que fue don Lindo el que en Clunia dio muerte al rey Almanzor. Oro don Lindo, no había,

ni jamás en él pensó, que el oro con valer tanto, nunca fue el triunfo mejor para quien pone en el puño de su espada el corazón.

AZOFAIFA, REZAIDA, RAQUEL, ESTER y ALJALAMITA (Todas a una.) Era don Lindo García, el Marqués de Fuente-Amor, el más noble caballero de Castilla y de León.

Don Mendo: En doña Sancha Mendoza, hija del Conde de Aldoz, puso don Lindo los ojos, y con los ojos su amor; y doña Sancha una noche a don Lindo se entregó, porque cantóle una trova al pie de su torreón, y era la trova tan linda y tan lindo el trovador, que doña Sancha rindióse con el do re mi fa sol.

El Conde, que no sabía d'este enredo, concertó la boda de doña Sancha con Suero de Waldeflor, qu'era valido del Rey de Castilla y de León.

Y doña Sancha, ambiciosa de riquezas y de honor, quiso alejar a don Lindo de su castillo de Aldoz para casar con don Suero con pompa y con esplendor, que en aquel Suero veía un remedio a su ambición.

AZOFAIFA, REZAIDA, RAQUEL, ESTER y ALJALAMITA (Todas a una.) En doña Sancha Mendoza, hija del Conde de Aldoz, puso don Lindo los ojos, y con los ojos su amor.

Don Mendo: Un collar Sancha tenía y a don Lindo lo entregó para perdelle, y aluego matalle sin compasión.

Que la noche que donóle el collar, don Suero entró por la escala que pendía del macizo torreón y halló a don Lindo en la estancia, y con don Lindo luchó; y cuando furioso el Conde, para defender su honor, a don Lindo y a don Suero pidió franca explicación, doña Sancha, la perjura, con serena y firme voz, confesó que por roballa don Lindo en la estancia entró; y como el collar tenía de su brazo en derredor y delatalla no pudo porque salvalla juró, como ladrón fue te-

nido el Marqués de Fuente-Amor, y como ladrón juzgado, y muerto como ladrón.

(Magdalena, que ha estado escuchándole nerviosísima, da un grito y cae desmayada en brazos de Doña Ramírez. Cesa la música.)

Don Pero: ¡Cielos! ¿Qué es esto?

Doña Ramírez: ¡Venid! (Acuden los pajes.)

Don Nuño: (Acercándose.) ¿Qué sucede?

Moncada: (A Don Mendo, con intención.) ¡Por Satán! Que el valiente capitán se ha desmayado. (Don Mendo le mira, se estremece, y muy azorado le vuelve la espalda.)

El rey: (A Doña Ramírez y los pajes.) Partid. En su tienda la dejad con gran mesura y gran cuido.

Doña Ramírez: (Al ver que Magdalena se agita convulsa.) (¡Hija, qué barbaridad, y qué histérico has cogido!) (Entran en la tienda, transportando a Magdalena, los dos pajes y Doña Ramírez.)

Don Pero: (Severamente a Don Nuño.) El trovador ha trovado mi casorio, caballero. Ella es Sancha, yo don Suero y vos el Conde menguado. Y si es cierto, ¡vive Dios!, que desde que me casé hice el burro, juro que habréis de llorar los dos.

Don Nuño: ¿Hacéis caso de un poeta? (Siguen hablando.)

Azofaifa: (¿Qué colijo de este trance? ¿Por qué escuchando el romance cayó con la pataleta? ¿Será acaso esa mujer la que mató su ilusión? Si es ella, la he de morder la lengua y el corazón.) (Se desliza y entra en la tienda de Magdalena.)

Doña Berenguela: (Que le anda dando vueltas a Don Mendo, comiéndosele con los ojos.) (Yo mesma decirle quiero que por su boca estoy loca, y que el coral de su boca ha de besarme o me muero.)

Moncada: (Detrás de Don Mendo, que continúa en el centro de la escena con los brazos cruzados y la vista en las nubes.) ¡Don Mendo!

Don Mendo: (Estremeciéndose.) Así no me llamo.

Moncada: Vos sois don Mendo.

Don Mendo: ¡Jamás!

Doña Berenguela: (A Don Mendo, a media voz y comiéndoselo.) ¡Te amo, trovador! ¡¡Te amo!! (Se separa de él.)

Moncada: Pero Mendo, ¿qué las das?

Don Mendo: (¡La Reina!... Lo estaba viendo.)

El rey: ¡Señores, siga la danza!...

Don Mendo: (¡Qué cerca está la venganza, la venganza de don Mendo!...) (Telón.) Fin de la jornada tercera

Jornada cuarta

La escena es una gran oquedad abovedada, perteneciente a una cantera o mina abandonada. En el fondo gran arco irregular que sirve de entrada. El telón de foro será una alegre y luminosa perspectiva de campo andaluz, con algún que otro pino frondoso en primer término.

Dentro ya de esta gran cueva habrá, a la derecha y en ochava, una cascada cuyas aguas corren hacia el foro. Sobre la cascada y como a dos metros de altura un agujero sobre las rocas por el que puedan asomarse dos personas.

En primero y segundo términos del lateral derecha el arranque de dos galerías que se pierden en el lateral. Entre uno y otro algún macizo de zarzas donde pueda ocultarse una persona. En el lateral izquierda se inician tres de estas galerías, también practicables.

Dichas galerías serán de altura y anchura distintas y alguna de ellas estará semioculta por los arbustos y malezas que crecen entre los riscos. Es de día. Luz intensa en el campo.

Al levantarse el telón entran en escena por el foro y guardando todo género de precauciones AZOFAIFA y ALÍ-FAFÉZ, un morazo muy mal encarado.

Alí: ¿Qué me quieres, Azofaifa, que a tan lejano lugar de mi tienda me conduces?

Azofaifa: Alí-Faféz, por Alá te suplico que me ayudes.

Alí: ¿Qué intentas, di?

Azofaifa: Castigar a una cristiana maldita a quien tengo por rival.

Alí: Si es cristiana, con mi brazo puedes al punto contar; que tanto mi pecho odia a la infame cristiandad, que si sangre de cristianos corriera por el pinar como corre por las rocas ese puro manantial, tal vez por lavarme en sangre me llegaría a lavar.

Azofaifa: Mucho les odias, Alí.

Alí: Y quisiera odiarles más, que aunque fabrico babuchas sé de memoria el Korán. Dispón de mí.

Azofaifa: Sólo quiero que oculto en el olivar que ese camino bordea, mediante alguna señal me avises cuando se acerque mi amo y señor el juglar a quien sirvo.

Alí: ¿Sólo es eso?

Azofaifa: Eso, Alí-Faféz, no más.

Alí: ¿Y la señal?

Azofaifa: Un silbido.

Alí: ¿Un silbido? ¿No creerá que le silbo, recordando lo mal que suele trovar?

Azofaifa: No lo creerá. Ve tranquilo.

Alí: ¿Y tú, entretanto, qué harás?

Azofaifa: Entre esas piedras, oculta, afilaré mi puñal. Márchome, pues, por aquí, y vete, Alí, ¡por Alá! (Azofaifa hace mutis por la derecha primer término.)

Alí: ¡Cristianos!... ¡Raza maldita!... ¡Aunque yo os finja amistad y os venda rojas babuchas de orillo y de cordobán, os desprecio y abomino!... (Viendo entrar por el foro a Doña Berenguela, seguida de la Duquesa y la Marquesa.) ¡Oh, señora!... ¡Majestad!... (Se inclina hasta partirse el esternón y se va por el foro haciendo zalemas.)

Doña Berenguela: Esta es la bella cueva que indiquéle al lindo trovador que enloquecióme. A recedal y a yerbaluisa huele, como su puro aliento cuando hablóme.

Quiero que aquí mi boca le revele todo lo que su amor me reconcome, y le he de conceder, ¡tanto me embarga! no ya un cuarto de hora, una hora larga.

La duquesa: Ved, señora, que acaso sea imprudente lo que hacéis al venir a aquesta cueva. Esa pasión satánica y vehemente que, justo es confesallo, en vos no es nueva, paréceme importuna.

La marquesa: (Con marcado acento catalán.) Ciertamente. Mi criterio también te lo reprueba, que con nobles, tal vez, mas con pigmeos no se deben tener tales flirteos. Si el Conde de Provenza y Barcelona, tu buen padre, a quien tanto te pareces, viera cómo Cupido te aprisiona, de ti renegaría cual mereces.

Repara que te juegas la corona; que estás buscando al gato los tres pies y que es, ¡oh reina!, torpe e insensato el pretender buscar tres pies al gato.

Doña Berenguela: No me enojes, marquesa de Tarrasa; ya sé que no hago bien; pero el cuitado es tan gentil, que su mirar abrasa. ¿Dónde viste doncel más bien formado? Mi virtud ante él muere y fracasa.

¡Pecado quiero ser si él es pecado!... que por un beso de su boca diera cien coronas, cien vidas que tuviera.

La marquesa: Loca estás a la fe.

Doña Berenguela: (Malhumorada.) ¡Dejadme digo! Por estas galerías discurramos hasta oír la señal. Venid conmigo.

La marquesa: A tu servicio, Majestad, estamos.

La duquesa: Despacio caminad, que me fatigo.

Doña Berenguela: (Por la primera galería de la izquierda.) Entremos por aquí. Seguidme.

La marquesa: Vamos. (En cuanto ve un doncel como una rosa lo escoge para sí; es una ansiosa.) (Se van las tres por el sitio indicado. Por el foro entran en escena Don Alfonso y Moncada.)

El rey: Este es el sitio, Moncada.

Moncada: Bravo lugar, a fe mía; hay en él frescor, poesía, poca luz... y asaz velada. Siempre te plació buscar para tus hechos corruptos, lugares un poco abruptos, y no me debe extrañar; que para amar, lo mejor es lo más concupiscente: al remanso de una fuente el amor es más amor.

Y entre estos peñascos romos, en este lugar perdido, que semeja un bello nido de ninfas, hadas y gnomos; en esta penumbra grata, bajo esta bóveda oscura, y oyendo cómo murmura la limpia fuente de plata, cualquier dicho gallofero parecerá un verso adonio; cualquier corcova, un Petronio, y cualquier besugo, Homero.

El rey: Hablas, Marqués, sabiamente, cosa nada nueva en ti. A la que yo aguardo aquí ha de placerle este ambiente; que es alma de dulce albura, rosicler de Alejandría, toda luz, gracia, poesía, exquisitez y ternura. Un bello ser delicado que ignora lo que es maldad.

Moncada: Es... Magdalena, ¿verdad?

El rey: La misma.

Moncada: (Estás apañado.)

El rey: Y me remuerde este exceso. Temo que piense el marido que por ser él mi valido yo me he valido de eso. Y aún más confuso me hallo, por traicionar a mi esposa que es dama tan virtuosa.

Moncada: (Este rey es un caballo.)

El rey: Pero cuando amor azota y clava su dardo cruel, tienen que rendirse a él lo mismo el Rey que la Sota. Y el dardo en esta ocasión llegó al alma tan derecho, que no sé ya si en el pecho tengo dardo o corazón.

Moncada: Creo, señor, que viene gente.

El rey: Aún es temprano, aguardemos, entremos y paseemos.

Moncada: Lo estimo asaz pertinente.

El rey: Ve delante.

Moncada: ¡Nunca!

El rey: Sí. Que si hay peligro o tropiezo debes tú cargar con eso antes que me toque a mí.

Moncada: Razón tienes en verdad pues que tu vida es sagrada.

El rey: Pues vamos presto, Moncada.

Moncada: Vamos presto, Majestad. (Hacen mutis por la izquierda último término.) (Por el foro entran en escena, primero Don Nuño y luego Don Pero. Este último con la espada desenvainada.)

Don Nuño: Pasad, don Pero, en buen hora, y ese acero vengador enfundad, que aún no ha llegado al lugar de la traición la que manchó vuestro nombre y mi vida ensombreció.

Don Pero: (Enfundando la espada.) ¡Plegue al cielo que no tarde, y plegue al santo patrón San Ildefonso, que al vella mis iras contenga yo; que es mi cólera tan sorda y es tan grande mi furor que plegue a Dios, no le plegue un golpe en el corazón que se lo rompa en pedazos!

Don Nuño: ¡Don Pero, teneos, por Dios, y habed calma!

Don Pero: (Despectivo.) Un padre puede, cuando se falta a su honor, hablar de calma; un marido vilmente ultrajado, no. La sangre de

veinte Toros presta a mi pecho calor; y la sangre de los veinte pídeme con recia voz que lave, también con sangre, la mancha de mi blasón.

Don Nuño: (Con rabia.) Si veinte fueron los Toros, fueron pocos, vive Dios, que para veinte, hay cien Mansos cuya sangre llevo yo, y los cien también me piden que castigue ese baldón. Comparad, Duque, quién puede hablar más alto y mejor; si los Toros o los Mansos: si yo como padre o vos.

Don Pero: Me place escucharos.

Don Nuño: ¡Basta! Venid. Este corredor (Por la primera galería de la derecha.) después de mil vueltas, lleva a aquel hueco. En él los dos podremos ver sin ser vistos, y cuando llegue el traidor y con la traidora hable de trovas y de pasión saldremos y... ¡Dios les valga! Vamos, noble Duque.

Don Pero: ¡Allón! (Se van por la primera galería de la derecha.)

Doña Ramírez: (Con Magdalena por la segunda galería de la izquierda.) Gracias a Dios que se ve, señora, que ese antro está tan oscuro, que no sé cómo con vos no quedé perdida por siempre allá.

Magdalena: ¿Oscuro dices? ¡Por Dios!

Doña Ramírez: Permitid que en ello insista. ¿No era oscuro para vos?

Magdalena: No tal.

Doña Ramírez: Entonces, las dos no tenemos igual vista. Porque aunque anduve con flema tropecé, cosa en mi rara, y ved, señora, qué exema. (Le enseña un dedo.)

Magdalena: ¡Jesús!...

Doña Ramírez: No estaría tan clara cuando me he roto una yema. Sin duda en vos el amor es fuego que tanto alumbra, que ha trocado a su sabor en albores la penumbra, y la sombra en resplandor.

Mas yo que nunca he sabido lo que es la dicha de amar, porque así plugo a Cupido, y por tanto no he tenido ocasiones de alumbrar, cuando a sitio oscuro voy mi pobre infortunio labro, pues me ocurre lo que hoy que voy, mas segura estoy de que al ir me descalabro. (Silbido dentro.)

Magdalena: ¡Cielos!...

Doña Ramírez: ¡Silbaron!...

Magdalena: ¡Qué horror!

Doña Ramírez: Temblor entróme al oirlo.

Magdalena: Asomaos, por favor. (Se asoma al foro Doña Ramírez.) ¡Dios santo! ¿Será algún mirlo o será un reventador? ¿Veis algo?

Doña Ramírez: ¡Por más que ojeo!...

Magdalena: Heme quedado de estuco, doña Ramírez.

Doña Ramírez: ¡Ya veo!

Magdalena: ¿Y es un mirlo como creo?

Doña Ramírez: No señora, que es un cuco. ¡El trovador!

Magdalena: ¡Ah! ¡Por fin! Idos.

Doña Ramírez: Claro está, señora. ¿Qué hago yo en este trajín?

Magdalena: Aguardad sólo una hora.

Doña Ramírez: Aunque sean dos. A mí... plin. (Al hacer mutis por el foro, se encuentra con Don Mendo y le saluda ceremoniosamente. Vase.)

Don Mendo: Guárdeos Dios, pulida dama.

Magdalena: Y a vos, flor de la poesía, que venís por dicha mía adonde mi amor os llama.

Don Mendo: (Señores, valiente arpía.)

Magdalena: Gracias os doy, trovador, por atender mi cuidado que es un cuidado de amor.

Don Mendo: ¿Quién pudo haberos negado, gran señora, tal honor?

Magdalena: Pues eres asaz cortés ven aquí, pulcro trovero, que voy, postrada a tus pies, a explicarte cómo es el amor con que te quiero. (Sienta a Don Mendo sobre una piedra y se arrodilla a sus pies.) ¿Has visto cómo la flor cuando despunta la aurora abre sus pétalos tiernos buscando luz en las sombras?

Pues así mi boca busca el aliento de tu boca.

Azofaifa: (Oculta entre los riscos y arbustos del primer término derecha.) (Yo haré que tu boca infame bese el polvo de tu fosa.)

Magdalena: ¿Has visto cómo los ríos buscan el mar con anhelo para darle cuanto llevan porque es el mar su deseo? Pues así mis labios buscan los suspiros de tu pecho.

Azofaifa: (Yo arrancaré de tus labios los suspiros con mi acero.) (Por el agujero del foro derecha, asoman Don Nuño y Don Pero.)

Magdalena: ¿Has visto cómo la luna busca en el bosque frondoso un lago de linfa clara donde mirarse a su antojo? Pues así mis ojos buscan el espejo de tus ojos.

Don Pero: Este puñal, ¡vive Cristo! será quien tu fuego venza. Vamos, que más no resisto.

Don Nuño: ¿Has visto qué sinvergüenza?

Don Pero: ¡Vive Cristo, que lo he visto! (Desaparecen.)

Don Mendo: (Levantándose.) O yo mucho desvarío, o alguien en la cueva habló.

Magdalena: Dices bien. Saber ansío...

Don Mendo: Aguardadme.

Magdalena: No; bien mío. Soy capitán: iré yo. (Hace mutis por la derecha primer término. Azofaifa se oculta.)

Don Mendo: (Viendo marchar a Magdalena.) ¡Aborto de Satanás!... Dentro de poco sabrás quién es el Marqués de Cabra, que ahora me he dado palabra de matarte y morirás. (Mirando hacia la izquierda primer término.) ¡Mas qué es esto! ¿es ilusión? (Viendo entrar a la Reina.) ¡La Reina! ¡Qué situación!...

Doña Berenguela: (Cayendo a sus pies y tomándole una mano.) ¡Doncel, que eres ya mi vida, mira a tus plantas rendida a la Reina de León!

Don Mendo: (¡Malhaya sea la hora!...) Alzad del suelo, señora.

Doña Berenguela: Ante tan grande hermosura esta ha de ser la postura que yo adopte desde ahora.

Don Mendo: (Estaba por darla un lapo... Todas por mí como un trapo, y con igual pretensión... ¡Ay, infeliz del varón que nace, cual yo, tan guapo!) Alzad, porque el suelo os mancha. (La levanta.)

Don Pero: (Entrando con Don Nuño, sigilosamente, por la derecha segundo término.) ¡Dejadme!

Don Nuño: ¡No!

Don Pero: ¡Es mi revancha!

Don Nuño: ¡A mí toca!

Don Pero: ¡Toca a mí!

Don Nuño: ¡Quieto, que es la Reina!

Don Pero: ¡Sí! ¡La Reina! ¡Cielos, qué plancha!

Don Nuño: El hierro con furia empuño.

Don Pero: Volvamos al agujero.

Don Nuño: ¡Qué cosas se ven, don Pero!

Don Pero: ¡Qué cosas se ven, don Nuño! (Se van sigilosamente por la derecha segundo término.)

Doña Berenguela: ¡Trovador, ámame o muero!

Azofaifa: (¡Pues agora has de morir!) (Se dispone a salir, pero al ver a la Marquesa, que entra en escena por la izquierda primer término, se contiene.)

La marquesa: (Muy asustada.) ¡Señora, acabo de oír por aquesta galería la voz del Rey, que decía algo de vos! Hay que huir en seguida, Majestad.

Doña Berenguela: ¡El Rey! ¡Qué contrariedad!

La marquesa: Venid, por Dios.

Doña Berenguela: Allá voy. (A Don Mendo.) Ya sabéis en dónde estoy.

Don Mendo: Iré a buscaros.

La marquesa: ¡Pasad!

(Se va por la izquierda primer término Doña Berenguela. La Marquesa, mirando rendidamente a Don Mendo, dice más catalanamente que nunca:)

La marquesa: ¡Qué preciós, Mare de Deu! No vi duncel más hermós ni en Sitges, ni en Palamós, ni en San Feliú... ni en Manlléu. (Vase.)

Azofaifa: (Ella vuelve: escucharé.)

Magdalena: (Entrando en escena nuevamente.) Nada vi. Nada encontré. Sin duda el viento zumbó y eso fue lo que se oyó.

Don Mendo: El viento sin duda fue.

Magdalena: (Intentando abrazar a Don Mendo.) ¡Amor de mi vida!...

Don Mendo: (Sujetándola colérico.) ¡¡Basta!! ¡Que ya el furor me domina!

Magdalena: ¡Cielos!

Don Mendo: ¡Mujer asesina, baldón de tu infame casta, a quien mi pecho abomina!... ¡Mírame bien!...

Magdalena: (Asustada.) ¡No comprendo!

Don Mendo: ¡Pálpame aquí, es bien sencillo!... (Le lleva una mano a su coronilla.)

Magdalena: (Horrorizada.) ¿Qué toco, Dios? ¿Qué estoy viendo? ¿Tú tienes un lobanillo como el que tenía don Mendo?...

Don Mendo: (Remangándose y enseñándole el brazo izquierdo.) ¡Mira el recuerdo sagrado, vestigios de diez combates!...

Magdalena: ¡La cicatriz! ¡Mi bocado!... (Como loca.) ¡Don Mendo! ¡Tú!... ¡No me mates!... ¡No me mates!... (Cae desmayada en sus brazos.)

Don Mendo: ¡Se ha privado!

Azofaifa: (Hice bien al suponer que era esa infame mujer la causa de su aflicción. ¡Oh! ¡Con qué gusto he de hacer pedazos su corazón!)

Don Mendo: Largo el desmayo va siendo.

Don Pero: (En el agujero.) ¡Ahora es ella! De ira enciendo y a vengar mi afrenta voy.

Don Nuño: Y yo también. (Desaparecen.)

Magdalena: (Abriendo los ojos.) ¿Dónde estoy?

Don Mendo: En los brazos de don Mendo.

Magdalena: (Horrorizada.) ¡Cielos! ¡El emparedado con vida!...

Don Mendo: ¡Al cielo le plugo!... ¡Tiemble tu pecho menguado que don Mendo se ha tornado de emparedado en verdugo! ¡Y vas a morir,

arpía! ¡Vas a morir sin tardanza!...

Moncada: (Precipitadamente, por la última galería de la izquierda.) Huid, Marqués, por vida mía que el Rey llega. Tu venganza aplaza para otro día.

Magdalena: (¡Me he salvado!) (Se parapeta tras de Moncada.)

Don Mendo: (Puñal en mano amenazando a Magdalena.) ¡Muere!

Moncada: ¡Atrás!

Don Mendo: ¡Marqués!

Moncada: ¡La defiendo yo!

Don Mendo: ¡Te juro que morirás!

Moncada: Más tarde la matarás, pero con mi daga, no.

(Le arrebata el puñal y le señala imperiosamente la primera galería de la izquierda. Don Mendo hace mutis por ella mordiéndose las manos.)

Magdalena: ¡Gracias, Moncada!

Moncada: (Con la mayor naturalidad.) De nada.

Magdalena: Vuestro favor.

Moncada: No es favor.

Azofaifa: (¡Un Marqués el trovador! Azofaifa desgraciada... ¿En quién pusiste tu amor?)

(Entra Don Alfonso por la izquierda, último término. Moncada se inclina ante él reverenciosamente y hace mutis por el foro.)

El rey: ¡Oh, mi gentil Magdalena!

Magdalena: ¡Oh, Rey, a quien tanto amo! (Se abrazan.)

El rey: Siervo llámame y no rey, que de ti soy tan esclavo que morir quisiera agora en la cárcel de tus brazos. (Por último término de la

derecha entran en escena espada en mano, Don Nuño y Don Pero.)

Don Pero: ¡Pues morirás, miserable, en sus brazos y a mis manos!

(Magdalena da un grito y se separa del Rey. Este vuelve y mira altivo a Don Nuño y Don Pero, que sofocan al verle una exclamación.)

El rey: ¡Hiéreme, Duque de Toro, si tu valor llega a tanto! (A Don Pero se le cae la espada de la mano.)

Don Pero: ¡Por el ánima bendita de mi abuelo el conde Alarco!... ¡Por los huesos de mis padres, que fueron huesos de santos!... ¡Por los dioses de los cielos y el satanás de los Antros!...

¡Por las parcas guadañudas y los monstruos y los trasgos, que no sé cómo mis ojos para siempre no cegaron antes que ver lo que han visto para su vergüenza y daño!... ¡Vos dando coba a mi esposa! ¡Vos mi escudo baldonando! ¡Vos, don Alfonso, mi Rey, haciendo a mi honor agravio!...

¡Vos, a quien di en cuatro meses cien pueblos, cuatro condados y la sangre de mis venas que derramé al tomar Baños!... ¡Ah, no! No es de rey tal hecho, ni aun es siquiera de hidalgo; el que como vos procede, Majestad, es un villano.

El rey: ¡Detén, don Pero, la lengua y detenga yo mi brazo, porque de no detenello, vive Dios, que te la arranco!

Don Pero: Nada puedo contra vos, que estáis, Alfonso, muy alto: pero no quiero tampoco vivir por vos deshonrado, y antes que servir de burla, de befa, mofa y escarnio, ya que no puedo vengarme de tal perfidia me mato. (Saca una daga.) ¡Mirad cómo muere un Toro por vos mismo apuntillado! (Se clava la daga y cae en brazos de Don Nuño.

Todos lanzan un grito de horror.

Don Nuño: ¡¡Cielos!!

Magdalena: ¡¡Qué horror!!

Don Pero: (Agonizando.) ¡¡Magdalena!! ¡¡Yo te maldigo!!

El rey: ¡¡Qué espanto!!

Magdalena: ¡¡Don Pero!!

Don Nuño: ¡¡Atrás, miserable!!... (Don Pero hipa, ronca, se retuerce, se estremece y la diña.) ¡¡Muerto!!

Magdalena: ¡¡Muerto!!

El rey: ¡Desgraciado!

Don Nuño: Feneció como un valiente.

El rey: ¿Mas con un solo pinchazo?...

Don Nuño: El pinchazo, Majestad, estaba en todo lo alto.

El rey: ¿Pero quién pudo decirle?... ¿Quién pudo, di, traicionarnos? ¿Lo sabes tú?

Magdalena: ¡Sí, lo sé!

El rey: ¿Quién fue? Responde...

Magdalena: Renato; ese trovador maldito que de mi está enamorado, y como yo despreciéle llevó tal venganza a cabo. ¡Por el amor que me tienes, oh, Rey don Alfonso, matalo!

Don Nuño: ¡Calla, hija maldita!

Magdalena: ¡Padre!

Don Nuño: ¡Maldita, sí!

El rey: ¡Reportaos!

Don Nuño: Como padre, Rey Alfonso, puedo por mi honor velando, castigar a la perjura que mi nombre ha deshonrado. Esa pérfida, sabello, hora es ya de confesallo, burló a su esposo con vos, os burló a vos con Mendaro, a Mendaro con el Conde de Velilla de Montarco.

Ella citó al trovador aquí mesmo, y en sus brazos cayó rendida ha un instante. Ved, señor, si bien no hago castigando sus traiciones y su infamia castigando.

Magdalena: ¡Miente, Alfonso!

El rey: ¡Que es tu padre!

Magdalena: ¡Miente mi padre cuitado! ¡Por nuestro amor te lo juro!

Don Nuño: (Espada en mano queriendo matarla.) ¡Ah, miserable! ¡Quitaos!

El rey: (Cubriendo con su cuerpo el de Magdalena.) ¡¡Quieto!! (Saca su espada.)

Don Nuño: (Furioso.) ¡Rey, que no respondo!

Azofaifa: ¡Basta!

Don Nuño: ¡No!

El rey: ¡Don Nuño!

Don Nuño: ¡Paso!

El rey: ¡Es la mi dama!

Don Nuño: ¡Pues muere!

El rey: ¡Muere tú, desventurado! (Luchan.)

Magdalena: (Gritando hacia el fondo.) ¡Socorro! ¡Doña Ramírez!... (Don Alfonso hiere a Don Nuño.)

Don Nuño: ¡¡Ah!! (Se lleva una mano al pecho y deja caer la espada.) ¡¡Muero!! (Cae moribundo.)

Magdalena: (Acudiendo a él como loca.) ¡¡Padre!!

El rey: (Horrorizado.) ¡Dejadlo!

Don Nuño: (Agonizando.) ¡Maldita!... ¡¡Maldita seas!!... (Muere.)

Magdalena: ¡¡Me maldijo!!... ¡¡Cielo santo!! (Queda arrodillada junto al cadáver de Don Nuño.) (Por el foro entran precipitadamente Doña Ramírez, Moncada y Alí-Faféz.)

Moncada: ¿Qué sucede?

Doña Ramírez: ¡Magdalena!... ¡Cielos! ¿Privado el Privado?

Moncada: ¡Majestad!

El rey: ¡Moncada amigo!...

Doña Ramírez: (Cayendo de rodillas al lado de Magdalena.) ¡Conde!... ¡Don Nuño!... ¡¡Mi amo!!...

Alí: ¡Muertos los dos!

Moncada: ¡Ambos muertos!

El rey: ¡Dios lo quiso!

Moncada: ¡Sea loado!

Azofaifa: (Surgiendo de repente puñal en mano.) ¡Rey de Castilla y León, Rey asesino y tirano que con espada o sin ella das muerte a Toros y a Mansos!...

¡Por Alá, que es el Dios mío, por el Dios de los cristianos, por doña Urraca, tu madre, que fue de virtud dechado, y por Raimundo Borgoña, tu padre, juro y declaro, que es verdad cuanto te dijo ese viejo infortunado, espejo de nobles frentes y de pechos fijosdalgos!

Esa mujer, mal nacida, es la pérfida que antaño para casar con don Pero engañó a don Mendo.

Magdalena: (Levantándose.) ¡Falso!

Azofaifa: Don Mendo es el trovador a quien ella ha denunciado vilmente, porque le teme.

Magdalena: ¡Calla, víbora!

Azofaifa: ¡No callo!

Magdalena: ¿Sales de la zarza, mora, para cebarte en mi daño?

Azofaifa: Salgo para hacer justicia, y he de hacella por mi mano.

El rey: Prueba, mora, lo que dices, y si no logras probarlo, el verdugo tu cabeza cortará de un solo tajo.

Azofaifa: ¡Yo lo probaré!

El rey: ¡Aquí mesmo!

Azofaifa: Aquí mesmo, Rey menguado, que al calor de mi conjuro hará la Parca un milagro. (Revolviéndose y trazando en el aire con su puñal lineas y signos.) ¡¡Alcalajá, salujó!! ¡¡Belimajé, talají!! ¿Es ella culpable? NUÑO y PERO (Incorporándose como movidos por un resorte y diciendo lúgubremente, sin abrir los ojos.) ¡¡Sí!!

Azofaifa: ¿Debo perdonalla? NUÑO y PERO (Como antes.) ¡¡No!! (Vuelven a tumbarse. Todos retroceden horrorizados.)

Azofaifa: (Clavando su puñal en el pecho de Magdalena.) ¡Baldón de mujeres, muere!

Magdalena: ¡Ay, mi madre; muerta soy!

(Cae en brazos de Don Alfonso, que cuidadosamente la deposita en el suelo. Doña Ramírez sofoca también un grito y cae en brazos de Alí-Faféz, que también la deja en el suelo como sin vida.)

Moncada: (A Azofaifa.) ¡A segar tu cuello voy!

Azofaifa: ¡Hiere, castellano, hiere!

El rey: ¡¡Mi Magdalena!!... ¡¡Qué horror!! ¡Muerta!... ¡Magdalena mía!...

Moncada: (A Don Alfonso.) Oigo en esa galería de unas voces el rumor. ¡Ocultaos!

El rey: ¡Ay de mí! ¡Qué horrible trance, Marqués!

Moncada: Cierta mi sospecha es; el ruido viene hacia aquí... ¡Pronto!

El rey: ¡Vamos!

Moncada: ¿Quién será?

(Medio se ocultan en el momento en que entran en escena, por la primera galería de la izquierda Doña Berenguela con Don Mendo, seguidos de la Marquesa y la Duquesa. Doña Berenguela y Don Mendo vienen del brazo, y derretidísimos.)

Don Mendo: Berenguelilla, tutéame, y si te place, osculéame en las dos mejillas.

El rey: (Surgiendo lívido.) ¡¡Ah!! ¡¡Miserable!!

Don Mendo: ¡¡Cielos!!

Doña Berenguela: ¡¡Oh!! (Cae desmayada y acuden a sostenerla la Marquesa y la Duquesa.)

Don Mendo: (¡El rey don Alfonso, sí!)

El rey: ¡Mátalo, Moncada!...

Azofaifa: (Resguardándolo con su cuerpo.) ¡No! ¡Primero, Marqués, a mí!

Don Mendo: ¡Azofaifa!...

Azofaifa: ¡Mendo amado! ¡Mira!

Don Mendo: ¡Sangre! ¡Dios clemente!...

Azofaifa: A la que nubló tu frente con esta daga he matado.

Don Mendo: (Como loco.) ¡Magdalena!... ¡Nuño!... ¡Pero!... ¿Qué has hecho, maldita mora? ¿En quién me vengo yo ahora?

Azofaifa: ¡Clava en mis carnes tu acero!... ¡Sacia tu venganza en mí si no has de quererme ya! ¡Hiere, Mendo, por Alá!

Don Mendo: ¡Qué por Alá: por aquí! (Le clava el puñal. Cae Azofaifa muerta.)

Moncada: ¡Otra muerte! ¡Cielo santo!

Don Mendo: (Riendo locamente.) ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!...

Moncada: ¡La razón perdido ha!

El rey: ¡Qué espanto, Marqués, qué espanto!

Froilán: (Dentro.) Majestad.

El rey: Aquí, Velloso.

Froilán: (Entrando por el foro con Don Lope, Don Lupo, Manfredo, Don Gil, etc., etc.) ¿Qué es aquesto?

Moncada: ¡Un panteón!

El rey: (Por Don Mendo.) ¡Sujetadle!

Don Mendo: ¡Fuera ocioso! ¡Ved cómo muere un león cansado de hacer el oso! (Se clava el puñal y cae en brazos de Moncada y de Froilán.)

Manfredo: ¡Qué puñalada!

Moncada: ¡Tremenda! ¡Infeliz, se está muriendo!

Don Mendo: (Agonizando.) Sabed que menda... es don Mendo, y don Mendo... mató a menda. (Muere.) (Telón.)